3260

BERNARD SHAW

Los despachos de Napoleón

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCIDO DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ

Copyright, by Julio Broutá, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LOS DESPACHOS DE NAPOLEÓN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

BERNARD SHAW

LOS DESPACHOS DE NAPOLEON

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCIDO DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ

MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.°

Teléfono número 551

1908

PERSONAJES

NAPOLEÓN.

UN TENIENTE.

UNA SEÑORA.

GIUSEPPE GRANDI, posadero.

La acción en Tavazzano, pequeña población situada en el camino de Milán á Lodi.—Época: 12 Mayo de 1796

NOTAS DEL TRADUCTOR

La presente pieza se llama en el original *The Man of Destiny*, «El hombre del destino», *l'homme prédestiné*, como un hemistiquio de Víctor Hugo llama á Napoleón. «Esta pequeña escena, dice Bernard Shaw, la compuse en un momento de ocio en 1895 y es poco mas que una pieza *di bravura* para que luzcan sus habilidades los dos protagonistas».

No nos contentamos con la explicación. El que conoce á Bernard Shaw sabe que todas sus obras, por fútiles que parezcan á primera vista, tienden á hacer vibrar la fibra intelectual y persiguen un alto fin social y filosófico.

El que leyere *The Man of Destiny* con la atención que merece, descubrirá á cada paso «materia cerebral» y demoledores ataques contra las rancias preocupaciones de la sociedad. El Napoleón que nos presenta aquí no se parece en nada al ideal que nos hemos formado del conquistador mundial, pero ya sabemos cómo las gasta Shaw: no respeta á los vivos, ¿cómo va á respetar á los muertos? Según dijo un distinguido escritor español: «No sólo es un cíclope que se encarama en el Olimpo, amenazando con ruda guerra á los inmortales, sino también un iconoclasta maligno y rabioso que despedaza tanto las deidades que ejercen su tutela saludable sobre la ciu-

608395

dad, como las más íntimas y recatadas efigies lares que gobiernan la marcha del hogar á la vera del fuego inmarcesible.» Un artista como él, ya se consignó en otro prefacio, no pinta á los personajes según la tradición histórica, sino según el plan que se ha trazado y según los efectos que quiere sacar de los dichos y hechos de sus héroes.

The Man of Destiny es la tercera pieza del tomo *Plays Pleasant*. Su autor la llama *a trifle*, un juguete, y he creído deber dejarle esta denominación. Se estrenó en 1897, en Croydon, cuando Shaw era desconocido todavía como dramaturgo y, naturalmente, tuvo entonces poca resonancia. Tanto mayor la alcanzó el año pasado en Londres cuando se representó en el *Court Theatre*, desencadenando en los círculos literarios de Inglaterra una tempestad de discusiones violentas en pro y en contra.

Mr. Grein, el ilustrado crítico teatral del *Times*, elogió grandemente la pieza, diciendo entre otras cosas: «Cuando se escucha una obra de Shaw, podrá salirse del teatro perturbado por ideas extraordinarias, pero siempre con un bagaje de reflexiones. El hombre—un verdadero hombre de originalidad—penetra á través de cuanto dice, y con solo un fragmento ó una frase, nos dice más y nos estimula más intensamente á pensar, que pudieran hacerlo un centenar de obras de otros autores.»

Y ahora me retiro modestamente por el foro, dejando al lector juzgar por sí mismo.

JULIO BROUTÁ

Madrid 25 de Febrero de 1908.

ACTO UNICO

El 12 de Mayo de 1796 en la Italia del Norte, en Tavazzano, en la carretera de Lodi á Milán. El sol de la tarde está luciendo serenamente por encima de las planicies de la Lombardía, tratando á los Alpes con respeto y á los hormigueros con indulgencia, sin incomodarse por el gruñir de los cerdos y el mugir de los bueyes ni por la fría recepción que le hacen en las iglesias, pero sí riéndose con fiero desdén de dos hordas de maléficos insectos que son los ejércitos de Francia y de Austria. Dos días antes, en Lodi, los austriacos trataron de impedir á los franceses cruzar el río por el puente estrecho que hay allí; pero los franceses, mandados por un general de veintisiete años de edad, Napoleón Bonaparte, quien no entiende el arte de guerrear, tomaron por asalto el puente flanqueado por el fuego enemino, protegidos por un cañoneo formidable al que el joven general, desconocedor del arte de la guerra, presidió personalmente. El cañoneo es su especialidad técnica. Se ha ejercitado en la artillería bajo el antiguo régimen y es un maestro en las artes militares que consiste en zafarse de sus obligaciones, engañando á la tesorería en los gastos de viaje y glorificando á la guerra con el estruendo y el humo de los cañones, como se puede ver en todos los grabados de la época. Así y todo es un observador original y ha notado, por primera vez desde la invención de la pólvora, que una bala de cañón, al alcanzar á un hombre, le mata. A la pose-

sión perfecta de este descubrimiento añade el don, altamente desarrollado, de la geografía física y de saber calcular los tiempos y las distancias. Tiene una actividad asombrosa y un conocimiento claro y realista de la naturaleza humana en los negocios públicos, habiendo dado hartas pruebas de ello en los cargos que desempeñó durante la revolución francesa. Tiene imaginación sin ilusiones y espíritu creador sin religión, lealtad, patriotismo ni ninguno de los ideales corrientes. No que sea incapaz de abrigar semejantes ideales; al contrario, los tuvo todos durante su infancia, y ahora, poseyendo extraordinarias facultades escénicas, es extremadamente listo en explotarlas igualmente como actor que como director de escena. Con todo, no es un niño mimado. La pobreza, la mala suerte, los apuros del que no tiene para vestir según su condición social, los fracasos literarios, las humillaciones de pretendiente rechazado, la reprobación y el castigo impuéstole como á oficial poco escrupuloso, el haberse visto abocado á recibir la licencia absoluta y aun á ser arrojado del ejército ignominiosamente, á no ser que la emigración de los nobles elevara la valía aun del más triste teniente, resultado de la carestía reinante, hasta el precio de un general: todos esos percances le han quitado toda su presunción y obligado á fiarse en sí solo y á comprender que á un hombre como él el mundo no le dará nada que no pueda él tomar por la fuerza. En esto, el mundo no está exento de cobardía y locura; pues Napoleón, á fuer de bombardeador implacable del escombro político, está haciéndose útil. En verdad, aun hoy día, es imposible vivir en Inglaterra sin á veces notar cuánto perdió este país por por no haber sido conquistado por él ni por Julio César.

Empero en aquella tarde de Mayo de 1796 es temprano todavía para él. Solo cuenta veinticuatro años y acaba de ser ascendido á general, en parte empleando á su mujer en seducir al Directorio (que entonces gobernaba á Francia); en parte á consecuencia de la escasez de oficiales causada por la emigración antes mencionada; en parte por su facultad de conocer un país con todos sus caminos, ríos, montañas y valles como conoce la palma de su mano; y sobre todo, por aquella su nueva fe en la eficacia de disparar cañones sobre la gente. Su ejército está, en cuanto á disciplina, en un estado

que tanto ha chocado á algunos historiadores modernos delante de quienes se representó la presente pieza que ellos, sugestionados por las postrimeras glorias del «Emperador», unánimemente se han negado á darle crédito. Pero Napoleón no es todavía «el Emperador»: acaba de granjearse el mote de «le Petit Caporal» y empieza á ganar influencia sobre su gente con pruebas de arrojo. No está en situación de imponerles su voluntad á latigazos, al modo militar ortodoxo. La revolución francesa ha suprimido la costumbre de la monarquía de deber al ejército el pago atrasado de cuatro años para sustituirla por la de no pagar nunca, como no sea con promesas y lisonjas patrióticas incompatibles con la ley marcial del tipo prusiano. Por eso Napoleón se ha acercado á los Alpes mandando á hombres sin dinero, haraposos y, por lo tanto, poco dispuestos á aguantar mucha disciplina, sobre todo de generales advenedizos. Esta circunstancia, que hubiese apurado á un militar idealista, le valió á Napoleón como mil cañones. Dijo á su ejército: «Tenéis patriotismo y valor, pero no tenéis dinero, ni ropa y apenas de qué comer. En Italia existen todas esas cosas y además gloria que puede ganársela un valiente ejército, mandado por un general que considera el pillaje como derecho natural del soldado. Tal general soy. *¡En avant, mes enfants!*» El resultado le dió enteramente la razón. El ejército conquista á Italia como la langosta conquistó á Chipre. Los soldados franceses pelean todo el día y andan toda la noche, recorriendo distancias inverosímiles y surgiendo en todas partes, no porque cada soldado lleve en su mochila un bastón de mariscal, sino porque espera llevar en él, al día siguiente, por lo menos media docena de tenedores de plata.

Hay que tener en cuenta, de paso, que el ejército francés no hace la guerra á los italianos. Está en aquel país para libertarlos de sus invasores austriacos y darles instituciones republicanas, así que al saquearlos incidentalmente no hacen más que disponer de la propiedad de sus amigos, por lo que éstos debieran estar agradecidos, y tal vez estarían si la ingratitud no fuese el defecto proverbial de aquella nación. Los austriacos, contra los que pelean los franceses, son un ejército del todo respetable, bien disciplinado, mandado por caballeros versados en el arte militar clásico; á su frente

Beaulieu, quien practica dicho arte bajo las órdenes que recibe de Viena, y se deja batir horriblemente por Napoleón, quien obra sobre su propia responsabilidad, sin preocuparse de las órdenes procedentes de París. Aun cuando ganen una batalla los austriacos, sus enemigos no tienen otra cosa que hacer sino esperar á que vuelvan á sus cuarteles, como quien dice, tomar el té de la tarde para volver á ganarla sobre ellos; cuyo procedimiento Napoleón supo utilizar más tarde en Marengo, con brillante éxito. En una palabra, en frente de un enemigo dirigido por los estadistas austriacos, los tradicionales generales y las exigencias de la estructura aristocrático-social de la sociedad vienesa, Napoleón encuentra medio de ser irresistible sin hacer milagros de heroismo. El mundo, sin embargo, quiere milagros y héroes, y es del todo incapaz de concebir la acción de factores, como son el militarismo académico ó la política de salón vienesa. Luego ya empezó á labrar la imagen del «Emperador» y á dificultar así á los románticos de cien años después el dar crédito á la hasta ahora olvidada escena en Tavazzano, de la que vamos á tratar..

Las mejores habitaciones en Tavazzano están en una pequeña posada, la primer casa que encuentran los viajeros que atraviesan por la población al ir de Lodi á Milán. Está situada al pie de un viñedo, y su cuarto principal, un agradable refugio cuando el calor del verano aprieta, está tan anchamente abierto en el fondo hacia el viñedo, que todo él parece una amplia veranda. Los chicos de la calle, muy excitados por la bulla y el paso de tropas de los últimos días, y por la llegada de los franceses á las seis de la tarde, saben que el general en jefe francés se hospeda en esta habitación y vacilan entre el deseo de fisgar por la ventana de frente y un miedo mortal al centinela, un joven caballero soldado á quien, careciendo de bigotes naturales, se los pintó muy feroces su sargento con el cepillo de dar betún á las botas. Como su pesado uniforme, cual todos los uniformes de aquella época, se hizo para la parada sin la más mínima consideración para la comodidad y la salud del que lo lleva, éste está sudando profusamente al sol y sus pintados mostachos se han derretido bajando en hilillos por su barba y su cuello, excepto en donde se ha secado formando manchas

multiformes, dándole un aspecto indeciblemente ridículo á los ojos de la Historia, cien años más tarde, pero monstruoso y espantable en aquel momento á los ojos de los niños italianos, quienes no encontrarían nada tan natural como si atenuara la monotonía de su guardia cogiendo en la punta de su bayoneta á algún niño descuidado y se lo comiera crudo. Sin embargo una muchacha traviesa en la que ya se despierta el instinto del privilegio que su sexo goza para con los militares, se arrima más y echa una mirada furtiva á través de la ventana más segura, antes de que un gesto y el crujido de las armas del centinela la ahuyenten. La mayor parte de las cosas que ve las ha visto antes: el viñedo en el fondo, con un trujal viejo y un carro entre las viñas; la puerta á su derecha es la de la entrada de la posada; el mejor aparador del dueño, en este momento ocupado con los preparativos de la comida, se halla más atrás por el mismo lado; la chimenea por el otro lado, con un sofá en su proximidad, y otra puerta dando á las habitaciones interiores, situada entre la chimenea y el viñedo, y, en medio, la mesa con sus restos de arroz á la milanesa, quesos, uvas, pan, aceitunas y un botellón envuelto en un tejido de mimbres, lleno de vino tinto.

El posadero, Giuseppe Grandi, no es ningún pollo. Es un hombrecito de cuarenta años, moreno, vivaracho, muy alegre, de cabeza rizada y redonda. Excelente hostalero, se halla de muy buen humor esta tarde por la suerte de tener de huésped al generalísimo de los franceses, que podrá protegerle contra los excesos de las tropas, y actualmente ostenta un par de aretes de oro en las orejas, que de otro modo lo hubiera guardado cuidadosamente debajo del trujal con su pequeño acervo de vajilla de plata.

Napoleón, de frente, está sentado al otro lado de la mesa, y su sombrero, su espada y su fusta de montar yacen sobre el sofá. Está trabajando con ahínco; en parte en engullir su comida, que la despacha en diez minutos, atacando simultáneamente todos los platos (esta costumbre es el origen de su caída), en parte en estudiar un mapa, que lo corrige de memoria, y señala de vez en cuando la posición de las fuerzas, sacándose de la boca una pepita de uva y pegándola en el mapa con el pulgar como una oblea. Delante de él hay recado de

escribir desordenadamente mezclado con los platos y las vinagreras, y su pelo largo, á veces se cae en el arroz, á veces en la tinta.

GIUS. ¿Quiere vuecencia?...

NAP. (Fija la atención en el mapa y maquinalmente llenándose la mano de comida con la mano izquierda.) ¡Cállate, que estoy ocupado!

GIUS. (Con perfecto buen humor.) Como mande vuecencia.

NAP. Trae un poco de tinta roja.

GIUS. ¡Ay, señor, no la hay!

NAP. (Con festivo humor.) Mata á alguien y tráeme su sangre.

GIUS. (Riendo.) No hay en casa más que el caballo de vuecencia, el centinela, la señora de arriba y mi mujer.

NAP. Mata á tu mujer.

GIUS. Con mucho gusto, señor; pero desgraciadamente no soy bastante fuerte. Es ella la que me mataría á mí.

NAP. Lo mismo da.

GIUS. Vuecencia me hace demasiado honor. (Alargando la mano hacia el frasco.) Tal vez un poco de tinto podría servir de tinta.

NAP. (Echando con viveza la mano al frasco para protegerlo y poniéndose serio.) Vino no, sería un derroche. Todos sois iguales, derrochadores, derrochadores. (Señala el mapa con salsa, usando el tenedor como pluma.) Quita la mesa. (Apura su vaso de vino, corre su silla hacia atrás, se limpia la boca con la servilleta, extiende las piernas y se echa para atrás ceñudo y pensativo.)

GIUS. (Quitando la mesa y colocando las cosas en una bandeja sobre el aparador.) Cada uno para su oficio. Nosotros, los posaderos, tenemos abundancia de vino barato y no nos importa derrocharlo. Los grandes generales, como vuecencia, tienen abundacia de sangre barata y no les importa derrocharla. ¿No digo bien, mi general?

NAP. La sangre no cuesta nada, el vino cuesta dinero. (Se levanta y va hacia la chimenea.)

GIUS. Dicen que vuecencia es cuidadoso de todo excepto de la vida humana.

NAP. La vida humana, amigo mío, es la única cosa que toma cuidado de sí misma. (Se echa cómodamente en el sofá.)

GIUS. (Admirándole.) ¡Ah, señor, qué tontos somos todos al lado de vuecencia! ¡Si pudiese yo descubrir el secreto de sus éxitos!

NAP. Te harías emperador de Italia, ¿eh?

GIUS. Eso es demasiado engorroso para mí; eso lo dejo para vuecencia. ¿Qué se haría de mi posada si yo fuera emperador? Mire cómo vuecencia goza en verme gobernar mi establecimiento y tener cuidado de todo. Pues bien, así yo gozaré en ver á vuecencia hacerse emperador de Europa y gobernar el país. (Al hablar, quita el mantel sin mover el mapa y el tintero, y coge con las manos los ángulos y con la boca el medio para doblarlo.)

NAP. Emperador de Europa, ¿eh? ¿Por qué sólo de Europa?

GIUS. Es verdad. Emperador del mundo. ¿Por qué no? (Dobla y arrolla el mantel, subrayando sus palabras a compas de su acción.) Un hombre es como otro; (Dobla.) un país es como otro; (Dobla.) una batalla es como otra. (Al hacer el último doblez, tira el mantel sobre la mesa, lo arrolla con habilidad y añade á guisa de peroración.) Si se gana una se ganan todas. (Coloca el mantel en el aparador y lo mete en un cajón.)

NAP. Y gobierna para todos; pelea para todos, sé el criado de todos con apariencia de ser el amo de todos. Oye.

GIUS. (Cerca del aparador.) Mande vuecencia.

NAP. Te prohibo hablarme de mí.

GIUS. (Avanzando hacia el pie del sofá.) Perdóneme. Vuecencia es tan diferente de otros grandes hombres, que á todos lo que más les gusta es hablar de sí mismos.

NAP. Pues háblame de cualquier otra cosa.

GIUS. (Sin inmutarse.) Con mucho gusto. Vamos á ver. ¿Ha echado vuecencia por casualidad una mirada á la señora que se aloja arriba? (Napoleón se levanta de repente y le mira con un in-

terés que justifica perfectamente la intención de la pregunta.)

NAP. ¿Qué edad tiene?

GIUS. La edad á propósito, señor.

NAP. ¿Quieres decir diecisiete ó treinta?

GIUS. Treinta, señor.

NAP. ¿De buen ver?

GIUS. Yo no puedo ver con los ojos de vuecencia; en eso cada hombre debe juzgar por sí mismo. Por mi opinión, señor, es una gran mujer. (Con sorna.) ¿Pongo la mesa para la merienda de esa señora aquí?

NAP. (Bruscamente, levantándose.) No, aquí no quiero que entre nadie antes de que el oficial á quien espero haya vuelto. (Mira su reloj y se pone á pasear arriba y abajo.)

GIUS. (Con convicción.) Créame vuecencia; ha sido hecho prisionero por los malditos austriacos. No haría esperar á vuecencia si estuviese libre.

NAP. (Volviéndose en la sombra de la veranda.) Giuseppe, si lo que dices resulta ser verdad, me pondré de tal humor que no me tranquilizaré ni siquiera con ahorcarte á tí y á toda tu casa, la señora de arriba inclusive.

GIUS. Todos estamos á la disposición de vuecencia, excepto aquella señora. No puedo responder de ella, pero no hay mujer que le resista, mi general.

NAP. (Refunfuñando, volviendo á pasear.) ¡Hum!... nunca serás ahorcado. No hay satisfacción en ahorcar á uno que está conforme con serlo.

GIUS. (Sintiendo.) Del todo conforme, señor, del todo conforme, y á mucha honra. (Napoleón vuelve á consultar su reloj y se pone inquieto.) ¡Ah, cómo se ve que vuecencia es un gran hombre! sabe esperar. Si ahora el que está aquí fuese un cabo ó un subteniente á los tres minutos estaría renegando, echando pestes y amenazas y alborotando toda la casa.

NAP. Giuseppe, tus zalamerías son insufribles. Vete y charla ahí fuera. (Se vuelve á sentar á la mesa con la cabeza apoyada en las manos, los codos en el mapa, absorto con expresión de ausiedad.)

GIUS. Como manda el señor. No quisiera molestar á vuecencia. (Recoge la bandeja y se prepara para salir.)

NAP. En cuanto llegue, mándamelo.

GIUS. En el acto, mi general.

VOZ (De señora llamando desde un punto algo distante de la posada.) ¡Giusep...pe! (La voz es muy melodiosa y las últimas notas forman un intervalo ascendente.)

NAP. (Asombrado.) ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

GIUS. (Apoya un extremo de la bandeja en la mesa é inclinándose confidencialmente por encima dice:) La señora, mi general.

NAP. (Distraído.) Sí. ¿Qué señora? ¿La señora de quién?

GIUS. La señora forastera, mi general.

NAP. ¿Qué señora forastera?

GIUS. (Encogiéndose de hombros.) ¿Quién sabe? Llegó aquí media hora antes que vuecencia en un coche de alquiler perteneciente á la fonda del Aguila de Oro, de Borghetto. Ella solita, sin sirvientes de ninguna clase. No trajo más que un saquito de mano y un baúl. El cochero me dijo que dejó allí en la fonda un caballo, un caballo del ejército, con arreos militares.

NAP. Una señora con un caballo del ejército. Es extraordinario.

VOZ (De señora. Ahora las dos notas finales hacen un intervalo acentuadamente descendente.) ¡Giuseppe!

NAP. (Levanta la cabeza para escuchar.) Esa es una voz interesante.

GIUS. Es una mujer interesante, se lo aseguro. (Llamando.) Ya voy, señora. (Va hacia la puerta que da al interior.)

NAP. (Parándole con mano fuerte puesta en su hombro.) Alto. Deja que venga.

VOZ (Con impaciencia.) ¡¡Giuseppe!!

GIUS. (Suplicante.) Déjeme ir vuecencia. Mi honor profesional exige que vaya cuando llamen. Apelo á su honor profesional, mi general.

VOZ (De hombre. Fuera, a la entrada de la posada, gritando.) Vaya, no hay nadie aquí. Posadero, ¿dónde se ha metido? Posadero... (Alguien golpea vigorosamente un banco en el pasillo con el puño de una fusta de montar.)

NAP. (Volviendo á ser el oficial que manda y empujando á Giuseppe.) Por fin vino. (Señalando la puerta interior.) Anda, atiende á tus asuntos, esa señora te llama. (Va hacia la chimenea y queda delante de ella, de espalda á la ménsula, con determinado aire militar.)

GIUS. (Recoge precipitadamente su bandeja y dice casi sin aliento.) Voy, mi general, voy. (Sale con presteza por la puerta interior.)

VOZ (De hombre, impaciente.) ¿Estais dormidos aquí? (La puerta en frente de la chimenea se abre con violencia y un subteniente, cubierto de polvo, se precipita adentro. Es un joven cabezudo, de veinticuatro años, con la tez clara, fina y bonita de un caballero de alcurnia y con ese aplomo del aristócrata que la revolución francesa no ha sabido menguar en lo más mínimo. Tiene un labio grueso y tonto, unos ojos vivos y crédulos, una nariz obstinada y una voz ruidosa y confiada. Es un joven sin miedo, sin respeto, sin imaginación, sin inteligencia, completamente incapaz de asimilarse las ideas de Napoleón ó cualesquiera otras, estupendamente egoista, eminentemente calificado para lanzarse á empresas que á los propios ángeles infundirían temor, por su exceso de vitalidad y desconocimiento de las cosas. En este momento está hirviendo de rabia. Un observador superficial podría atribuirlo á la impaciencia que le produjo el no ser atendido por el personal de la posada; pero ojos más discernidores pueden notar cierto abatimiento moral indicando una causa más permanente y seria. Al ver á Napoleón, se queda parado y saluda; pero en todo su modo de ser no demuestra en lo más mínimo el respeto profético que parece debiera merecerle el futuro héroe de Marengo y Austerlitz, Waterloo y Santa Elena, tal como luego le pintaron Delaroche y Meissonier y los modernos se lo representan.)

NAP. (Aspero.) Por fin, caballero, habéis venido. Vuestras instrucciones eran que yo llegaría aquí á las seis y que os encontraría esperándome con mi correo de París y mis despachos. Ahora son las ocho menos veinte minutos. Se os confió ese servicio por ser un consumado jinete y tener el caballo más rápido del campamento. Llegais con cien mi-

nutos de retraso y á pie. ¿Dónde se quedó vuestro caballo?

TEN. (Quitándose mohíno los guantes y tirándolos con su capa y su fusta en la mesa.) Eso digo yo, eso es lo que yo quisiera saber, mi general. (Con emoción.) No sabéis cuánto quería yo ese caballo.

NAP. (Con sarcástico enfado.) ¡Sí, eh! (Con súbita inquietud.) ¿En dónde están las cartas y los despachos?

TEN. (Con importancia, casi contento de poder comunicar algo notable.) No lo sé.

NAP. (No pudiendo creer lo que oye.) ¿No lo sabéis?

TEN. No más que vos, mi general. Supongo que ahora me formarán consejo de guerra, pero (Con solemne determinación.) os juro, mi general, si alguna vez vuelvo á ver á aquel muchacho de cara inocente, le romperé todos los huesos al chicuelo mentiroso; le... le...

NAP. (Avanzando desde la chimenea hacia la mesa.) ¿Qué muchacho de cara inocente es ese? Caballero, os ruego que hagais memoria y me informéis de lo que le ha pasado.

TEN. (Mirándole de frente desde el lado opuesto de la mesa y apoyando los puños en ella.) ¡Oh, lo recuerdo todo perfectamente, mi general! Estoy dispuesto á relatarlo todo. Haré entender al Consejo que la culpa no fué mía. Se han aprovechado de mi buen corazón, y no me arrepiento de ello. Pero con todo el respeto que me merecéis como jefe que sois mío, mi general, repito que si vuelvo á echarle la vista encima á aquel hijo de Satanás, le...

NAP. (Enfadado.) Ya lo dijísteis antes.

TEN. (Poniéndose derecho.) Y lo digo otra vez. Esperad que le coja. Esperad, no digo más. (Se cruza resueltamente de brazos y respira fuerte, con los labios contraídos.)

NAP. Caballero, estoy esperando... vuestra explicación.

TEN. (Con confianza.) Cambiaréis de tono, mi general, cuando os enteréis de lo que me ha pasado.

NAP. Nada os ha pasado, caballero; estais vivo é

ileso. ¿En dónde están los papeles que se os confiaron?

TEN. Conque nada me ha pasado, nada. ¡Vamos! (Toma postura para aplastar á Napoleón con sus noticias.) Me juró eterna fraternidad. ¿Eso no fué nada? Me dijo que mis ojos le recordaban los de su hermana. ¿Eso no fué nada? Lloró... literalmente lloró... al oir la historia de mi separación de Angélica. ¿Eso no fué nada? Pagó las dos botellas de vino, aunque él sólo comió pan y uvas. ¿Eso acaso diréis que no fué nada? Me dió sus pistolas y su caballo y sus despachos... despachos muy importantes... y me dejó marcharme con ellos. (Triunfante al ver que ha dejado atónito á Napoleón.) ¿No fué nada eso?

NAP. (Desarmado por la estupefacción.) ¿Por qué hizo eso?

TEN. (Como si la razón fuese obvia.) Para demostrar su confianza en mí. (No se cae precisamente la mandíbula de Napoleón pero sus articulaciones se aflojan. El Teniente prosigue con indignación sincera.) Y yo fuí digno de su confianza; le devolví honradamente todos sus papeles. Pero querréis creerlo, cuando le confié yo mis pistolas y mi caballo y mis despachos...

NAP. (Con rabia.) ¿Por qué, demonios, hicísteis eso?

TEN. ¿Por qué? Naturalmente, para demostrarle mi confianza en él. Y él traicionó esta confianza, abusó de ella, no volvió. Ladrón, embustero, granujilla sin corazón ni fe. ¡Eso no es nada, verdad! Pero, mirad, mi general, (Apoyandose otra vez con los puños en la mesa para dar más fuerza á sus palabras.) podréis, si os place, aguantar por vuestra parte ese ultraje de los austriacos, lo que es yo, os prometo que si una vez cojo...

NAP. (Volviéndole asqueado la espalda y volviendo á pasearse agitado por la habitación.) Sí, ya lo dijísteis varias veces.

TEN. (Enojado.) Varias veces. Pues lo repetiré cincuenta veces, y lo que es más, lo haré. Ya veréis, mi general. Le demostraré mi confianza, le...

NAP. No lo dudo, caballero. Decidme, ¿qué clase de persona era?

TEN. Creí que por su conducta juzgaríais la clase de persona que era.

NAP. Decidme, ¿qué aspecto tenía?

TEN. ¿Qué aspecto? Pues, parecía... vamos, quisiera que hubiéseis visto al mocito, y hubiéseis tenido una idea de su aspecto. Porque cinco minutos después de que yo le haya cogido, ya no tendrá aspecto ninguno. Porque os juro que si una vez...

NAP. (Gritando furioso para llamar al posadero.) ¡Giuseppe! (Al teniente, después de perder toda su paciencia.) Callad ya, caballero, si podéis.

TEN. Os advierto que es inútil tratar de censurarme. (Quejumbroso.) ¿Cómo había yo de saber qué clase de persona era aquél? (Coge una silla colocada entre el aparador y la puerta exterior, la coloca cerca de la mesa y se sienta.) Si supiéseis lo hambriento y cansado que estoy tendríais más consideración...

GIUS. (Volviendo.) ¿Qué se ofrece á vuecencia?

NAP. (Luchando con su temperamento.) Encárgate de ese... ese oficial. Dale de comer y acuéstale, si es necesario. Y cuando le veas repuesto y sereno trata de saber lo que le ha pasado y refiéremelo. (Al teniente.) Consideraos como arrestado, caballero.

TEN. (Con arrogancia.) Ya me lo esperaba. Sólo un caballero puede entender á otro caballero. (Tira su espada en la mesa. Giuseppe la recoge y cortesmente la ofrece á Napoleón, quien la tira con violencia sobre el sofá.)

GIUS. (Con cariñoso interés.) ¿Habéis sido atacado por los austriacos, mi teniente? Cuánto lo siento.

TEN. (Despreciativo.) ¡Atacado! Hubiese podido romperle el espinazo entre mi pulgar y mi dedo índice. Ojalá lo hiciera. Pero no, me engañó apelando á mis sentimientos, y eso es lo que no puedo perdonar. Dijo que nunca había topado con un hombre que le fuese tan simpático como yo. Me puso su pañuelo en el cuello porque me había picado una mosca

y se me levantó un habón. Mira. (Se quita un pañuelo del cuello Giuseppe lo coge y lo examina.)

GIUS. (A Napoleón.) Un pañuelo de señora, mi general; (Lo huele.) está perfumado.

NAP. ¡Cómo! (Lo toma y lo mira con atención.) ¡Hum! (Lo huele.) ¡Ah! (Se pasea pensativo por la habitación, mirando el pañuelo y se lo mete por fin en el bolsillo interior de su casaca.)

TEN. Será lo que quiera. Ya noté que tenía mano de mujer cuando me tocó el cuello con sus maneras acariciadoras y zalameras aquel perro afeminado. (Levantando la voz con entonación atiplada.) Pero escuchad lo que digo, mi general, si alguna vez...

SEÑ. (Fuera, como antes.) ¡Giuseppe!...

TEN. (Petrificado.) ¿Qué ha sido eso?

GIUS. Nada, mi teniente. Una señora arriba que me llama.

TEN. ¡Una señora!

SEÑ. Giuseppe, Giuseppe, ¿dónde estáis?

TEN. (Amenazador.) Dadme esa espada. (Se lanza hacia el sofá, coge la espada y la desenvaina.)

GIUS. (Precipitándose hacia él y cogiéndole del brazo derecho.) ¿En qué estáis pensando, mi teniente? Es una señora; ¿no oís que es una voz de señora?

TEN. Es la voz de él, no hay duda. Suelta.

(Se desase y precipita hacia la puerta interior. Esta se abre delante de él y la forastera entra. Es una señora muy atractiva, alta y muy graciosa, con una cara finamente lista, expresiva y viva. Las cejas expresan percepción rápida, las aletas de la nariz sensibilidad, la barba carácter firme: el conjunto es de energía, refinamiento y originalidad. Es muy femenina, pero de ninguna manera débil; la tierna figurita tiene una estructura robusta: manos y pies, cuello y hombros no son adornos frágiles, sino miembros perfectamente proporcionados con su estatura, la que supera considerablemente la de Napoleón y la del posadero y alcanza casi la del teniente. Su elegancia y radiante encanto guardan el secreto de su altura y fuerza. No es, si se juzga por su traje, una admiradora de la última moda del Directorio, ó tal vez está gastando hasta acabarlo, para viajes, sus trajes de años anteriores. De todos

modos, no lleva chaqueta con solapas extravagantes, ninguna túnica pseudogriega, en una palabra, nada que la princesa de Lamballe no hubiese querido llevar. Su vestido de seda con floripones, tiene el talle largo, con pliegues á lo Watteau en la espalda, pero con los «paniers» reducidos á meros rudimentos, porque ella es demasiado alta para que le sienten bien. El cuerpo está algo escotado y con un «fichú» crema. Ella está hermosa con sus cabellos rubio dorado y sus ojos pardos.

Entra con el aire de una mujer acostumbrada al privilegio que da el rango y la hermosura. El posadero, que tiene de nacimiento muy buenas maneras, se muestra, desde luego, muy [illegible]
león, en quien su vista repara primero, se queda instantáneamente encogido. Se pone colorado, no sabe qué actitud tomar Ella lo nota, desde luego, y, para no apurarle más, se vuelve con sumo donaire hacia el otro caballero, saludandole con una mirada. El Teniente mira fijamente su traje, con indecible expresión, como si se encontrase delante de un monstruo de embusteria. Ella, al fijarse en él, se vuelve mortalmente pálida No puede engañar su aspecto. Se ve que se da cuenta de que cuando se creía segura de triunfar, la asalta la idea de un repentino peligro. De pronto, una ola de color sube desde el «fichú» é inunda toda su cara. Casi se nota qué esa ola está corriendo por todo su cuerpo. Hasta el teniente, tan mal observador y en este momento trastornado por el enojo, puede ver lo que ante él tiene color rojo. Interpretando el sonrojo de la señora como la involuntaria confesión de la negra traición de que ha sido víctima él, la apunta con un grito agudo como de quien va á encontrar el desquite y luego, cogiéndola de la mano, la arrastra adentro de la habitación con violencia, cierra con un portazo y se planta de espalda á la puerta.)

TEN. Demonio, ya te cogí á pesar de tu disfraz. (Con voz de trueno.) ¡Quítate esas faldas!

GIUS. (Reconviniéndole.) ¡Por Dios, mi teniente!

SEÑ. (Asustada, pero sumamente indignada de que el teniente se haya atrevido á tocarla.) Caballeros, amparadme. Giuseppe. (Haciendo un movimiento como queriendo refugiarse hacia Giuseppe.)

TEN. (Interponiéndose con la espada en la mano.) Alto aquí. Tú no te escapas.

SEÑ. (Refugiándose hacia Napoleón.) Oh, señor, vos sois un oficial, un general. Vos me protegeréis, ¿verdad?

TEN. No le hagáis caso, mi general... Dejadme arreglar cuentas con él.

NAP. ¡Con él! ¿Con quién, caballero? ¿Por qué tratáis á esta señora de este modo?

TEN. ¡Señora, decís! Si es un hombre, el hombre en quien puse mi confianza, tonto de mí. (Avanzando amenazador hacia ella.) Oye, tú, bergante...

SEÑ. (Corre á refugiarse detrás de Napoleón, y, en su agitación, se agarra de su brazo que él lo extiende instintivamente delante de ella como una protección.) ¡Oh, gracias, general! Ese hombre está loco.

NAP. Lo creo. No hay duda, caballero, de que estamos en presencia de una señora. (Ella súbitamente suelta su brazo y se ruboriza otra vez.) y vos estáis arrestado. Dejad esa espada al instante.

TEN. Os aseguro, mi general, que es un espía austriaco. Esta tarde fingióseme ser del Estado Mayor de Massena, y ahora quiere fingirse con vos ser mujer. ¿Tengo yo ojos ó no?

SEÑ. General, debe de tratarse de mi hermano. El pertenece al Estado Mayor del general Massena. Se parece mucho á mí.

TEN. (Perdiendo el seso. Queréis decir que no sois vuestro hermano, sino vuestra hermana... la hermana que tanto se parecía á mí... la que tenía mis bonitos ojos azules. Fué mentira; vuestros ojos no se parecen á los míos, se parecen exactamente á los vuestros. ¡Vaya un embuste!

NAP. Teniente, ¿queréis obedecer mis órdenes y salir de aquí, puesto que ya estáis convencido de que aquí hay una señora?

TEN. ¡Una señora! No estoy convencido. Si fuera una señora...

NAP. (Fuera de paciencia.) Basta, basta, caballero. Salid. Os ordeno salir.

SEÑ. Dispensad, que saldré yo.

NAP. (Algo brusco.) Os ruego que os quedéis. Con

todo el respeto que me merece vuestro hermano, todavía no puedo comprender lo que un oficial del Estado Mayor del general Massena pueda querer sacar de mis cartas. Tengo algunas preguntas que haceros.

GIUS. (Discreto.) Venid, teniente. (Abre la puerta.)

TEN. Me voy, mi general; pero aprended de mí: desconfiad de vuestros buenos sentimientos. (A la señora.) Señora, perdonad. Pensé que erais la misma persona y con otro sexo, y esto, naturalmente, me hizo cometer una falta.

SEÑ. No tuvísteis la culpa. ¡Cuánto me alegro de que no sigáis enfadado conmigo, teniente! (Le tiende la mano.)

TEN. (Se inclina galantemente para besársela.) ¡Oh, señora, na...! (Parándose y mirandola.) Tenéis la misma mano que vuestro hermano, y la misma sortija.

SEÑ. (Suavemente.) Somos gemelos.

TEN. Esto lo explica todo. (Le besa la mano.) Mil perdones. Lo de los despachos no me importa un bledo; eso es cosa del general; á mí lo que me dolió fué el abuso que se hizo de mi confianza y de mis buenos sentimientos. (Coge su capa, sus guantes y su fusta de encima de la mesa y al salir prosigue.) Siento mucho dejaros, mi general. Lo siento mucho, pero tengo que hacer. (Sale sin dejar de hablar. Guiseppe sigue detrás de él y cierra la puerta.)

NAP. (Le sigue con la mirada con irritación concentrada.) ¡Idiota! (La señora sonríe complacida. El avanza con la frente arrugada por entre la mesa y la chimenea; ahora que está solo con ella, toda su timidez desapareció.)

SEÑ. ¿Cómo podré agradeceros, general, la protección que me dispensásteis?

NAP. (Volviéndose de repente hacia ella.) Vengan mis despachos. (Extiende la mano como pidiendo algo.)

SEÑ. ¡General! (Involuntariamente pone las manos en su «fichú» como para guardar algo.)

NAP. Habéis engañado á aquel tonto. Os disfrazásteis de hombre. Conmigo no vale. Necesito mis despachos. Allí están en su pecho, detrás de sus manos.

SEÑ. (Bajando á prisa las manos.) ¡Oh, qué poco amable sois ahora! (Saca su pañuelo de detrás del «fichú») Me asustais. (Se toca los ojos como enjugándose una lágrima.)

NAP. Veo, señora, que no me conocéis, si no, os evitaríais la molestia de esforzaros en llorar.

SEÑ. (Sonriendo al través de sus lágrimas) ¡Oh, sí os conozco! Sois el famoso general Buonaparte. (Pronuncia el apellido con marcado acento italiano.)

NAP. (Enfadado, con pronunciación francesa.) Bonapart, señora, Bonapart. Los papeles, si os place.

SEÑ. Pero si os aseguro... (El le arranca bruscamente el pañuelo) ¡General! (Con indignación)

NAP. (Sacando del pecho el otro pañuelo.) Tuvísteis la bondad de prestar uno de vuestros pañuelos á mi teniente cuando le desvalijásteis. (Mira los dos pañuelos.) Son pareja. (Los huele.) Tienen el mismo olor. (Tira los dos sobre la mesa) Estoy esperando mis despachos. Los cogeré, si hace falta, con tan pocos cumplidos como cogí el pañuelo. (El pañuelo perfumado reaparece, ochenta años más tarde, en el drama de Mr. Victorien Sardou, intitulado «Dora».)

SEÑ. (Con reproche lleno de dignidad.) General, ¿amenazais á las mujeres?

NAP. Sí.

SEÑ. (Desconcertada, tratando de ganar tiempo.) Pero yo no puedo comprender. Yo...

NAP. Comprendéis perfectamente. Vinísteis aquí porque vuestros jefes austriacos creían que me hallaba á seis leguas de distancia. Yo siempre me encuentro en donde mis enemigos no me esperan. Entrásteis en la guarida del león. Vamos, sois una mujer valiente. Sed también una mujer sensata, no tengo tiempo que perder. Vengan los papeles. (Avanza un paso en actitud amenazadora.)

SEÑ. (Se siente perdida y su impotencia le inspira una rabia infantil; anegada en lágrimas se tira sobre la silla dejada al lado de la mesa por el teniente.) ¡Yo valiente! ¡Qué poco me conocéis! He pasado todo el día unas angustias tremendas. Se me oprime el corazón á cada mirada de sospecha, á cada movimiento amenazador de

que soy objeto. ¿Creeis que todo el mundo es tan valiente como vos? ¡Oh! ¿por qué vosotros los hombres valientes no acometéis los hechos valientes? ¿Por qué nos los dejais á nosotras que carecemos por completo de valor? Yo no tengo valor; me asusta la violencia, el peligro me trastorna.

NAP. (Empieza á interesarse.) ¿Entonces por qué os lanzais en el peligro?

SEÑ. Porque no hay otro remedio, no puedo fiarme de otro. Y pensar que todo ha sido inútil, por vos, quien no tiene miedo, porque no tenéis corazón, ni sentimientos, ni... (Se interrumpe y cae de rodillas.) ¡Ah, general, dejadme irme, dejadme irme sin hacerme ninguna pregunta! Tendréis vuestros despachos y cartas, lo juro.

NAP. (Tendiendo la mano.) Bueno, vengan. (Ella solloza, aniquilada y desesperada por su brusquedad implacable, y ve que es inútil cogerle por medios sentimentales; pero al levantar perpleja los ojos hacia él, evidentemente se devana los sesos para encontrar alguna salida. El cruza inflexible sus miradas con las de ella.)

SEÑ. (Levantándose al fin con un ligero suspiro de alivio.) Iré á buscarlos. Están en mi habitación. (Se vuelve hacia la puerta.)

NAP. Señora, os acompañaré.

SEÑ. (Retrocediendo con aire noble de delicadeza ofendida.) No puedo permitiros, general, entrar en mi habitación.

NAP. Entonces estaos aquí, señora, mientras busque yo en su habitación mis papeles.

SEÑ. (Despechada renunciando de plano á su estratagema.) Podéis evitaros la molestia. Allí no están.

NAP. Claro. Ya os dije antes en dónde están. (Señalando con la mano el pecho de ella.)

SEÑ. (Zalamera y quejumbrosa.) General, solo desearía poder conservar una cartita particular. Una solo. Hacedme ese favor.

NAP. (Con frialdad y severidad.) Señora, ¿es esa una petición razonable?

SEÑ. (Animada porque él no rechazó de plano la súplica.) No, pero por eso mismo debéis hacerme el favor. ¿Son razonables vuestras propias pre-

tensiones? Miles de vidas son sacrificadas por causa de vuestras victorias, de vuestras ambiciones, de vuestro destino. Y lo que pido yo es una cosa tan pequeña. Yo solo soy una débil mujer, y vos sois un hombre valiente. (Le mira con ojos tiernos y suplicantes y esta cerca de echarse otra vez de rodillas delante de él.)

NAP. (Brusco.) Perdéis el tiempo. (Le vuelve mohino la espalda y se pasea una vez por la habitación, parándose luego un momento para decir por encima del hombro:) Estáis diciendo tonterías y bien lo sabéis. (Ella se recoge y se sienta en el sofá desesperada. El, al volver y al verla allí, siente que su victoria es completa y que puede, indulgente, jugar un poco con su víctima. Se sienta al lado de ella. Ella parece alarmada y se aparta un poco Pero un rayo de renaciente esperanza brilla en sus ojos. Empieza á hablar como quien se alegra de una broma secreta.) ¿Cómo sabéis que soy un hombre valiente?

SEÑ. (Atónita.) Vos, el general Buonaparte. (Pronunciación italiana.)

NAP. Sí, yo... el general Bonapart. (Acentuando la pronunciación francesa.)

SEÑ. ¡Oh! ¿cómo podéis hacer semejante pregunta? ¡Vos, quien hace solo dos días estuvo en en el puente de Lodi, cuando la muerte volaba por doquier, y se batió á cañonazos con el enemigo desde una orilla á la otra del río! (Estremeciéndose.) ¡Oh, hacéis cosas valientes!

NAP. Vos también.

SEÑ. ¡Yo! (Con una súbita idea rara.) ¿Sois cobarde tal vez?

NAP. (Riendo con ferocidad y dándose un golpe en la rodilla.) Esta es la única pregunta que no se debe hacer á un soldado. El sargento pregunta á los reclutas por su talla, su edad, su aliento, sus huesos... pero nunca por su valor. (Se levanta y se pasea con las manos por la espalda y la cabeza inclinada, sonriendo.)

SEÑ. (Como quien no ve en ello causa de risa.) Ah, podéis reiros del miedo. Entonces no sabéis lo que es miedo.

NAP. (Poniéndose detrás del sofá.) Decidme una cosa. Suponed que hubiéseis podido lograr aquella carta viniendo á verme en el puente de Lodi antes de ayer. Suponed que no era posible de otro modo y que era el camino más seguro de lograrla, caso de no morir de un cañonazo. (Ella se estremece y se tapa un momento los ojos con las manos.) ¿Os habríais asustado?

SEÑ. Me hubiese asustado horriblemente, mortalmente. (Se oprime el corazón con la mano.) Solo el pensarlo me espanta.

NAP. (Inflexible.) ¿Habríais ido allí por los despachos?

SEÑ. (Pasmada por el horror imaginado.) No me preguntéis. No tenía más remedio que haber ido.

NAP. ¿Por qué?

SEÑ. Porque era preciso. Porque no había otro camino.

NAP. (Con convicción.) Porque necesitábais mi carta tanto que os hubiéseis sobrepuesto á vuestro miedo. Una sola pasión hay universal: es el miedo. De todas las cualidades que un hombre puede tener, la única que con tanta seguridad encontraréis en el tambor más joven de un ejército como en mí es el miedo. El miedo es el que hace batirse á los hombres; es la indiferencia la que los hace huir; el miedo es el resorte principal de la guerra. ¡El miedo!... Conozco el miedo bien, mejor que vos, mejor que ninguna mujer. Una vez ví á un regimiento de buenos soldados suizos matado por el populacho de París porque no me atreví á intervenir. Me sentí cobarde de los pies á la cabeza al verlo. Hace siete meses me vengué de esa vergüenza barriendo á aquel populacho á cañonazo limpio. Bueno, ¿y qué importa? ¿Hase visto jamás que el miedo impidiera á un hombre hacer lo que realmente quería, ó á una mujer? Nunca. Venid conmigo y os enseñaré á veinte mil cobardes que arriesgan á diario su vida por una copa de aguardiente. ¿Y creéis que no hay mujeres en el ejército

más valientes que los hombres, porque su vida vale menos? ¡Bah! No me importa ni vuestro valor ni vuestro miedo. Si hubiéseis tenido necesidad de ir á verme á Lodi, no os hubiéseis asustado. Una vez en el puente todas las consideraciones se hubiesen desvanecido ante la necesidad—la necesidad—de abriros camino hacia mí y obtener lo que deseábais. Y ahora, suponed que habéis hecho todo eso—suponed que os habéis salvado con esa carta en la mano, conociendo que en la hora suprema el miedo robusteció no vuestro corazón sino vuestro anhelo y empeño—que cesó de ser miedo para trocarse en fortaleza, penetración, vigilancia, férrea resolución—¿cómo contestaríais entonces al ser preguntada si erais cobarde?

SEÑ. (Levantandose.) ¡Oh, sois un héroe, un verdadero héroe!

NAP. ¡Puh, no hay verdaderos héroes! (Se pasea por la habitación, no haciendo caso del entusiasmo de ella, pero complacido de haberlo provocado.)

SEÑ. ¡Oh, sí los hay! Hay una diferencia entre lo que llamais mi valor y el vuestro. Quisísteis ganar la batalla de Lodi para vos mismo y no para otro, ¿verdad?

NAP. Claro. (Acordandose de repente.) No, no. (Con tono solemne.) Soy únicamente el servidor de la República francesa; siguiendo fielmente el ejemplo de los héroes de la antigüedad clásica, gano batallas para la humanidad... para mi país, no para mí.

SEÑ. (Desilusionada.) ¡Oh! Entonces solo sois un héroe afeminado, despues de todo. (Se vuelve á sentar, todo su entusiasmo desapareció, apoyando una mejilla en la mano y el codo sobre el extremo del sofá.)

NAP. (Atónito.) ¡Afeminado!

SEÑ. (Indiferente.) Sí, como yo. (Con profunda melancolía.) ¿Creeis que si yo necesitase aquellos despachos solo para mí me atrevería á meterme en un campo de batalla? No, si no hubiese otra cosa, no tendría ni el valor de visitaros en vuestra posada. Mi valor es

mera esclavitud, para mis propios fines no me sirve. Es únicamente por cariño, por lástima, por el instinto de salvar y proteger á otra persona por lo que yo puedo hacer cosas que me espantan.

NAP. (Despreciativo) Vaya! (Le vuelve la espalda.)

SEÑ. ¡Oh! Veis ahora que en realidad no soy valiente. (Recayendo en su descuidada petulancia.) ¿Pero qué derecho tenéis á despreciarme si vos mismo ganais vuestras batallas solo para otros? Para vuestro país, por patriotismo. Esto es lo que llamo afeminado. Es genuinamente francés.

NAP. (Furioso.) Yo no soy francés.

SEÑ. (Inocente.) Creí que dijísteis haber ganado la batalla de Lodi para vuestro país, general Buo... ¿debo pronunciar en italiano ó en francés?

NAP. Estais abusando de mi paciencia, señora. Nací súbdito francés, pero no en Francia.

SEÑ. (Cruza los brazos en el extremo del sofá y se apoya en ellos con un acceso bien visible de interés hacia él.) Vos no nacísteis súbdito en modo alguno.

NAP. (Muy complacido, emprendiendo otra marcha por la habitación.) ¡Oh, oh! ¿Creeis?

SEÑ. Estoy segura de ello.

NAP. Puede, puede que tengais razón. (El tono complacido de sus palabras hieren su propio oido. Se para de repente y se ruboriza. Luego, adoptando una actitid solemne al estilo de los héroes de la antigüedad clásica, habla en tono altisonante y moralizador.) Hija mía, no debemos vivir para nosotros solos. No olvideis que siempre debemos pensar en los demás y trabajar para los demás, y dirigirlos y gobernarlos para su propio bien. El sacrificio y la abnegación es el fundamento de toda verdadera nobleza de carácter.

SEÑ. (Abandonando su actitud con un suspiro.) ¡Ah! Bien se ve que nunca lo habéis probado, general.

NAP. (Indignado olvidándose del todo de Bruto y Escipión.) ¿Qué queréis decir con eso, señora?

SEÑ. ¿No habéis notado que los hombres suelen exagerar el valor de lo que no poseen? Los

pobres creen que no necesitan más que dinero para ser perfectamente dichosos. Todo el mundo reverencia la verdad, la pureza, la abnegación, por la misma razón, por no poseer esas virtudes. ¡Si las conocieran siquiera!

NAP. (Con decisión enojada.) ¡Si las conocieran! ¿Las conocéis vos?

SEÑ. (Con los brazos extendidos y las manos cruzadas en sus rodillas, mirando fijamente delante de sí.) Sí. Tengo la desgracia de haber nacido buena. (Mirando un momento hacia él.) Es una desgracia, creedme, general. Soy verdaderamente sincera y abnegada y todo lo demás; no es más que cobardía, falta de voluntad, falta de carácter, falta de facultad para sentir fuerte y positivamente por mí misma.

NAP. ¡Oh! (Volviéndose rápidamente hacia ella con vivo interés.)

SEÑ. (Seria, con creciente entusiasmo.) ¿Cuál es el secreto de vuestro poder? El que creéis sólo en vos. Podéis pelear y vencer para vos mismo y no para otro. No os asusta vuestro propio destino. Nos enseñáis lo que podríamos ser si tuviésemos voluntad y valor, y esta (De repente arrodillandose delante de él.) es la causa porque empezamos todos á adoraros. (Besa sus manos.)

NAP. (Apurado.) Vaya, vaya. Levantaos, señora, os lo suplico.

SEÑ. No rechacéis mi homenaje. Es vuestro derecho. Seréis emperador de Francia...

NAP. (Precipitadamente.) Cuidado. ¡Traición!

SEÑ. (Insistiendo.) Sí, emperador de Francia. Luego de Europa, tal vez del mundo. No soy sino el primer súbdito que jura fidelidad. (Besandole otra vez la mano.) Mi emperador.

NAP. (Subyugado la levanta.) Vamos, vamos, hija mía. Eso es locura. Vamos, calmaos, calmaos. (La acaricia.) Bien, bien, niña.

SEÑ. (Luchando con lágrimas de alegría.) Sí, sé que es una impertinencia en mí el deciros cosas que sabéis mejor que yo. Pero vos estáis enfadado conmigo ¿verdad?

NAP. ¿Enfadado? No, nada, nada. Venid, sois una

mujercita muy lista, muy sensata y muy interesante. (Le acaricia la mejilla.) ¿Seremos amigos?

SEÑ. (Arrobada.) ¡Amiga vuestra yo! ¡Me permitís ser vuestra amiga! ¡Oh, qué dicha! (Le ofrece sus dos manos con radiante sonrisa.) Véis cómo os demuestro mi confianza.

NAP. (Con un grito de rabia y los ojos centelleantes.) ¡Qué!

SEÑ. ¿Qué pasa?

NAP. Me demostrásteis vuestra confianza, ¿eh? Sería para que yo os demostrara la mía en cambio dejándoos escapar con mis despachos, ¿verdad? ¡Oh Dalila, Dalila! habéis ensayado vuestras artes conmigo. Y he sido tan asno como el animal de mi teniente. Avanza amenazador hacia ella) Vamos, vengan los despachos. Pronto. Basta ya de bromas.

SEÑ. (Refugiándose detras del sofá) General...

NAP. Pronto, he dicho. (Pasa rápidamente al centro de la habitación y la agarra cuando va á ampararse hacia el viñedo.)

SEÑ. (Haciéndole frente para defenderse.) ¡Os atreveis á hablarme en esta forma!

NAP. ¡Atreverme!

SEÑ. Sí, atreverse. ¿Quién sois para hablarme de ese modo grosero? ¡Oh, qué fácilmente sacais el vil y vulgar aventurero corso!

NAP. (Fuera de sí) Mujer infernal... Con creciente ira.) Una vez más, por último, ¿queréis darme esos papeles, ó me obligaréis á arrancarlos por la fuerza?

SEÑ. (Dejando caer las manos.) Arrancádmelos por la fuerza. (Mientras él la mira como un tigre que va á saltar, ella cruza los brazos sobre el pecho en la actitud de una mártir. La actitud y el ademán despiertan al punto los instintos teatrales de Napoleón; olvida su rabia con el deseo de demostrarle que también en hacer papeles sabe tanto como ella. La deja un momento en suspenso, luego cambia de repente de actitud; coloca la mano detrás de sí con frialdad señalada, la mira de arriba á abajo un par de veces, toma rapé, se limpia cuidadosamente los dedos y se mete el pañuelo en el bolsillo. A medida que pasan los momentos la actitud heróica de ella se hace más ridícula.)

NAP. (Por fin.) ¿Pues?

SEÑ. (Desconcertada, pero siguiendo con los brazos cruzados.) ¿Qué pretendéis hacer?

NAP. Echar á perder vuestra actitud.

SEÑ. ¡Bruto! (Abandona su actitud, va al extremo del sofá, se apoya en el respaldo y le mira de frente con las manos detrás de sí.)

NAP. Así estais mejor. Ahora escuchadme. Me gustais. Es más, aprecio vuestro respeto.

SEÑ. Apreciais entonces lo que no poseéis.

NAP. Lo poseeré en seguida. Escuchadme. Suponed que me dejase influir por el respeto debido á vuestro sexo, vuestra hermosura, vuestro heroísmo y lo demás. Suponed que yo, sin más obstáculo que el sentimentalismo, entre estos mis músculos y esos papeles que llevais en el pecho, y que debo y quiero tener, suponed que yo, con los papeles ya en mi mano, los suelte y me marche con las manos vacías, ¿no me despreciaríais desde lo más profundo de vuestra alma de mujer? ¿Habría una mujer tan tonta que obrara así? Bien, Bonaparte está á la altura de la situación y puede obrar como una mujer cuando hace falta. ¿Comprendéis?

SEÑ. (Sin hablar, se pone de pie y saca un paquete de papeles de su pecho. Por un momento le dan violentas ganas de tirárselos á la cara. Pero su buena educación la impide aliviarse de un modo tan ordinario. Se lo entrega finamente, únicamente volviendo la cara á otro lado. En el momento en que él lo coge ella se precipita al otro extremo de la habitación, se cubre la cara con las manos y se sienta, con el cuerpo contra el respaldo de la silla.)

NAP. (Ojeando los papeles.) Así, así. (Antes de abrirlos mira hacia ella y dice:) Dispensadme. (Ve que está ocultando la cara.) Estais muy enfadada conmigo, ¿eh? (Desata el paquete cuyo lacre ya está roto y lo pone en la mesa para examinar su contenido.)

SEÑ. (Con calma, bajando las manos y enseñando que no está llorando, si no sólo reflexionando.) No. Tenéis razón. Pero lo siento por vos.

NAP. (Dejando al momento de andar en los papeles.) ¡Por mí! ¿Cómo?

SEÑ. Tengo que presenciar la pérdida de vuestra honra.

NAP. ¡Hum ¿Nada más que eso? (Anda otra vez en los papeles.)

SEÑ. Y vuestra dicha.

NAP. La dicha, niña, es la cosa más fastidiosa del mundo para mí. ¿Sería yo lo que soy si me preocupara de la dicha? ¿Otra cosa?

SEÑ. Nada más... (El la interrumpe con una exclamación de satisfacción. Ella prosigue con calma.) excepto que vais á hacer una figura ridícula á los ojos de Francia.

NAP. (De pronto.) ¿Qué? (La mano que tiene los papeles cae involuntariamente. La Señora le mira enigmáticamente, con tranquilo silencio. El tira las cartas y estalla en un torrente de maldiciones.) ¿Qué es vuestra intención? ¿Otra vez intentais emplear vuestras tretas? ¿Creéis que no sé lo que contienen estos papeles? Os lo voy á decir. Primero, mi informe acerca de la retirada de Beaulieu. El sólo puede hacer dos cosas, el idiota aquel: ó encerrarse en Mantua ó violar la neutralidad de Venecia ocupando á Peschiera. Vos sois una espía del viejo imbécil: ha descubierto que ha sido traicionado y os ha mandado interceptar el informe á todo azar; ¡como si esto pudiese salvarle de mí, tonto de capirote! Los otros papeles son sólo mi correspondencia habitual de París, de la que no sabéis nada.

SEÑ. (Con pronta resolución.) General, hagamos una bonita partición. Tomad el informe que vuestros espías os mandan acerca del ejército austriaco y dadme la correspondencia de París. Con ello me contento.

NAP. (Desconcertado por la proposición.) Una bonita par... (Alienta con fuerza.) Veo, señora, que habéis llegado á considerar mis cartas como propiedad vuestra que yo estoy tratando de robárosla.

SEÑ. (Sería.) No, por mi honor, no pido ninguna carta vuestra, ni una palabra escrita por ó para vos, general. Ese paquete contiene una carta robada, una carta escrita por una mu-

jer á un hombre... un hombre que no es su marido, una carta que significa desgracia, deshonra...

NAP. ¿Una carta de amor?

SEÑ. (Con amargura.) ¿Cuál sino una carta de amor podría remover tanto odio?

NAP. ¿Por qué la mandan á mí? Para poner al marido en mi poder, ¿eh?

SEÑ. Nada de eso. No os sirve para nada. Os juro que no perderéis nada por darme esa carta. Os la mandaron por pura maldad, para comprometer á la mujer que la escribió.

NAP. ¿Entonces por qué se la mandaron al marido en vez de mandármela á mí?

SEÑ. (Completamente apurada.) ¡Oh!... (Dejándose caer hacia atrás en la silla.) No... no sé. (Baja la cabeza.)

NAP. Ya veo, una pequeña novela para recuperar los papeles. (Tira el paquete en la mesa y lo examina con cínico buen humor.) ¡Per Bacco! Hija mía, no puedo abstenerme de admiraros. Si supiese yo mentir así, cuántas molestias me evitaría.

SEÑ. (Retorciéndose las manos.) ¡Ojalá le hubiese dicho mentiras! Entonces me hubiéseis creído. La verdad es lo único que no se quiere creer.

NAP. (Con burda familiaridad, la trata como si fuese una cantinera.) ¡Vaya con la niña! (Pone las manos en la mesa detras de sí y se levanta sentándose en ella con los brazos en jarras y las piernas muy abiertas.) Vamos, soy un verdadero corso en mi afición á las historias. Pero si me pongo á ello, las contaría mejor que vos. La próxima vez que os pregunten por qué una carta comprometiendo á una mujer no se manda al marido, contestáis que porque el marido no la leería. ¿Suponéis, inocentona, que un hombre desea ser obligado por la opinión pública á hacer una escena, batirse en duelo, deshacer su casa, romper su carrera por un escándalo, cuando todo lo puede evitar procurando no enterarse?

SEÑ. (Sublevada.) Suponed que ese paquete contenga una carta relativa á vuestra mujer.

NAP. (Ofendido, bajando de la mesa.) Sois impertinente, señora.

SEÑ. (Humilde.) Perdonadme. La mujer de César está por encima de toda sospecha.

NAP. (Con aire de superioridad.) Habéis cometido una indiscreción. Os la perdono. En adelante no os permitáis introducir personas reales y verdaderas en vuestras novelas.

SEÑ. (Hace caso omiso de esas palabras descorteses y se levanta para acercarse á la mesa.) General, ahí está realmente la carta de una mujer. (Señalando el paquete.) Dádmela.

NAP. (Con brutal rapidez para impedir que se acerque demasiado á las cartas.) ¿Por qué?

SEÑ. Se trata de una antigua amiga. Estuvimos juntas en el colegio. Me escribió rogándome hiciera todo lo posible para que la carta no cayese en vuestras manos.

NAP. ¿Por qué me mandaron á mí esa carta?

SEÑ. Porque compromete al director Barras.

NAP. (Arrugando la frente, evidentemente sobrecogido.) ¡Barras! (Altanero.) Cuidado, señora. El director Barras es íntimo amigo mío.

SEÑ. (Meneando plácidamente la cabeza en señal de aprobación.) Sí, os hicistéis amigos los dos por vuestra mujer.

NAP. ¡Otra vez! ¿No os prohibí hablar de mi mujer? (Ella sigue mirándole con curiosidad, no haciendo caso de la reconvención. Cada vez más irritado, él abandona sus modales altaneros, que á él mismo no le hacen mucha gracia, y dice con sospecha, bajando la voz.) ¿Quién es esa mujer con la que simpatizais tan profundamente?

SEÑ. ¡Oh, general! ¿cómo voy á deciros eso?

NAP. (Mal humorado, pasándose otra vez perplejo.) Ya, ya; la una ayuda á la otra. Las mujeres sois todas iguales.

SEÑ. (Indignada.) No somos todas iguales, tampoco como los hombres son iguales. ¿Creéis que si yo amara á un hombre que no fuese mi marido sería capaz de seguir viviendo con éste, ó me asustaría de decírselo á él y á todo el mundo? Pero aquella mujer no tiene este modo de pensar. Domina á los hombres

engañándolos y... (Con desdén.) á ellos les gusta esto y se dejan dominar. (Se vuelve á sentar de espaldas á él.)

NAP. (No escuchándola.) ¡Barras, Barras! (Volviéndose muy amenazador hacia ella, enrojeciéndose.) ¡Cuidado, cuidado! ¿me oís? No os propaséis.

SEÑ. (Volviéndole á mirar inocentemente.) ¿Qué queréis decir?

NAP. ¿A quién aludís? ¿Quién es esa mujer?

SEÑ. (Cruzando con tranquila indiferencia su mirada ansiosamente inquisidora con la suya, levantándola hacia él. Queda sentada con el brazo derecho descansado ligeramente sobre el respaldo de su silla y una rodilla cruzada sobre la otra.) Un ser tonto, vano, extravagante, con un marido muy talentudo y ambicioso, quien la conoce de par en par, quien sabe que ella le ha mentido acerca de su edad, de sus rentas, de su posición social, de todo lo que mienten las mujeres livianas, quien sabe que es incapaz de fidelidad para con ningún principio ó persona, y, sin embargo, no puede dejar de quererla, no puede dejar, á pesar de su dignidad de varón, de emplearla para subir con la ayuda de Barras.

NAP. (Con voz baja, ahogada por la rabia.) Este es vuestro desquite, hiena, por haber tenido que darme las cartas.

SEÑ. ¡Tontería! ¿O creéis acaso que vos sois un hombre así como acabo de decir?

NAP. (Exasperado, entrelaza sus manos detrás de sí; sus dedos tiemblan, y, al alejarse irritado de ella hacia la chimenea, exclama:) Esta mujer me va á volver loco. (A ella.) Idos de aquí.

SEÑ. (Sin moverse.) No me iré sin esa carta.

NAP. Idos, os digo. (Paseándose desde la chimenea hacia el viñedo y volviendo hacia la mesa.) No tendréis ninguna carta. Sois una mujer detestable y fea como Satanás. No soy de los que se dejan engatusar por otras mujeres. Marchaos de aquí..(Le vuelve la espalda. Como divertida, ella apoya la mejilla en la mano y se ríe mirándole. Él vuelve enojado.) ¡Ja, ja, ja! ¿De qué os reís?

SEÑ. De vos, general. Muchas veces he visto á per-

sonas de vuestro sexo fuera de sí portándose como chiquillos; pero nunca había visto á un gran hombre hacerlo.

NAP. (Brutal, tirándole las palabras á la cara.) ¡Puh! Ya tenemos otra vez las zalamerías.

SEÑ. (Levantándose de un salto con súbito y fuerte rubor en su cara.) ¡Oh, esto es demasiado! Guardad vuestras cartas. Leed la historia de vuestra propia deshonra y buena pro os haga. Adiós. (Va indignada hacia la puerta interior.)

NAP. Mi propia des... ¡Alto! Volved, volved, os lo ordeno. (Ella, altanera, hace caso omiso de su orden perentoria y brusca, y prosigue su camino hacia la puerta. El se precipita hacia ella, la coge de la muñeca y la hace volver arrastrándola.) A ver, ¿qué queréis decir? Explicaos, explicaos os digo, si no... (Amenazándola. Ella le mira, desafiándole con inflexibilidad.) Voto á... mujer infernal, ¿por qué no podéis contestar una cortés pregunta?

SEÑ. (Muy ofendida por su violencia.) ¿Por qué me interrogais? Tenéis la explicación.

NAP. ¿Dónde?

SEÑ. (Señalando las cartas en la mesa.) Ahí. Podéis leer. (El abre convulsivamente el paquete, vacila, la mira con sospecha y luego lo tira otra vez en la mesa.)

NAP. Parecéis haber olvidado vuestro cuidado por el honor de vuestra antigua amiga.

SEÑ. No corre peligro ya: su esposo es un enigma.

NAP. Entonces puedo leer la carta. (Extiende la mano como queriendo coger otra vez el paquete sin perderla de vista.)

SEÑ. No veo por qué privaros de ella ahora. (Él al punto retira la mano.) ¡Oh, no os asustéis! Encontraréis en esa carta muchas cosas interesantes.

NAP. ¿Por ejemplo?

SEÑ. Por ejemplo, un desafío con Barras, una escena doméstica, una casa deshecha, un escándalo público, una carrera rota, muchas cosas.

NAP. ¡Hum!... (La mira, recoge el paquete y lo examina, aprieta los labios y balanceándolo en la mano la vuelve á mirar; pasa el paquete de su mano derecha á la

izquierda y lo coloca detrás de la espalda, levantando la derecha para rascar la parte posterior de la cabeza, mientras ella se vuelve y va hacia el rincón del viñedo, en donde se queda un momento mirando hacia las uvas, absorta profundamente. La Señora le observa en silencio, algo despreciativa. De repente se vuelve él y avanza lleno de fuerza y decisión.) Acepto vuestra petición, señora. Vuestro ánimo y resolución merecen una recompensa. Tomad las cartas por las que habéis peleado tan admirablemente, y acordaos desde hoy de que habéis encontrado al vil y vulgar aventurero corso tan generoso con los vencidos, después de la batalla, como decidido enfrente del enmigo antes de ella. (Le tiende el paquete de cartas.)

SEÑ. (Sin tomarlo, mirándole con atención.) ¿Qué pretendéis ahora? Tengo curiosidad de saberlo. (Tira el paquete furiosamente al suelo.) ¡Ah, ah! soy yo ahora quien echa á perder una actitud heróica. (Le hace, burlona, una bonita cortesía.)

NAP. (Recogiendo el paquete.) ¿Queréis tomar las cartas y marcharos? (Avanzando y poniéndole casi las cartas encima.)

SEÑ. (Escapando detrás de la mesa.) No, no quiero vuestras cartas.

NAP. Hace diez minutos no deseabais otra cosa.

SEÑ. (Sin moverse de detrás de la mesa.) Hace diez minutos no me habíais insultado más de lo que se puede tolerar.

NAP. Entonces... (Disimulando su irritación.) entonces os suplico me perdonéis.

SEÑ. (Con frialdad.) Quedais perdonado. (Con forzada cortesía él le ofrece el paquete por encima de la mesa; ella retrocede un poco fuera de su alcance y dice:) ¿Pero no necesitais saber si los austriacos están en Mantua ó en Peschiera?

NAP. Ya os dije que puedo vencer á mis enemigos sin la ayuda de espías, señora.

SEÑ. ¿Y la carta aquella, no deseais leerla?

NAP. Me dijísteis que no va dirigida á mí. No tengo la costumbre de leer cartas ajenas. (Ofrece nuevamente el paquete.)

SEÑ. En ese caso no hay inconveniente en que la

guardéis. Lo que yo quería era evitar que la leyérais. (Cariñosa.) Adiós, general. (Se vuelve con frialdad hacia la puerta interior.)

NAP. (Tira con enojo el paquete sobre el sofá.) ¡Dios me dé paciencia! (Va resueltamente hacia la puerta y se coloca delante de ella.) ¿Tenéis una idea de lo que es el peligro de vuestra persona? ¿O sois una de esas mujeres que gustan de ser apaleadas?

SEÑ. Gracias, general; no dudo que la sensación es muy voluptuosa, pero prefiero no tenerla. Yo no quiero sino irme á casa. He sido bastante mala para robar vuestros despachos, pero los habéis recuperado y me habéis perdonado, porque (Imitando con fina sorna su entonación retórica.) Sois tan generoso con los vencidos después de la batalla como decidido en frente del enemigo antes de ella. ¿No queréis despediros de mí? (Ofrece suavemente su mano.)

NAP. (Rechazándola con un ademán de rabia concentrada y abriendo la puerta para llamar fieramente.) ¡Giuseppe! (Más alto.) ¡Giuseppe! (Cierra con un portazo y va hacia el centro de la habitación. La señora se retira un poco hacia el viñedo para evitarle.)

GIUS. (Apareciendo en la puerta.) ¿Qué manda vuecencia?

NAP. ¿En dónde está aquel imbécil?

GIUS. Le serví una buena comida, conforme las órdenes de vuecencia, y ahora estaba haciéndome el honor de jugar conmigo á los dados para pasar el rato.

NAP. Mándale acá. Tráele. Vuelve con él. Giuseppe sale precipitadamente. Napoleón se vuelve hacia la Señora y dice con tono seco.) Señora, hacedme el favor de quedaros un momento más. (Va hacia el sofá. Ella viene desde el viñedo para acercarse por el lado opuesto de la habitación al aparador, en el que se apoya, observándole. El recoge el paquete del sofá y se lo mete cuidadosamente en el bolsillo interior, mirándola al mismo tiempo con una expresión que quiere decir: «Pronto veréis lo que voy á hacer y no os dará gusto.» Los dos quedan callados hasta que entra el teniente seguido de Giuseppe, quien se queda

modestamente cerca de la mesa esperando órdenes. El teniente, sin capa ni guantes ni espada y puesto de muy buen humor por la opípara comida, va hacia la Señora y espera, regocijado, que Napoleón quiera hablar.)

NAP. Teniente.

TEN. Mi general.

NAP. No puedo hacer que esta señora se explique como yo quisiera; pero no hay duda que el hombre que sacó con engaños los papeles fué, como ella misma en vuestra presencia confesó, el hermano de ella.

TEN. (Triunfante.) ¿Qué os dije, mi general? ¡No lo dije desde luego!

NAP. Es preciso que encontreis á aquel hombre. Vuestro honor lo exige; ¿qué digo? el éxito de la campaña, la suerte de Francia, de Europa, de la humanidad, tal vez, depende de los datos que contienen aquellos despachos.

TEN. Ya, ya supongo que tenían alguna importancia. (Como si antes no se le hubiera ocurrido.)

NAP. (Enérgicamente.) Tanta importancia tienen, caballero, que si no los recuperais seréis degradado en presencia de vuestro regimiento.

TEN. ¡Por Dios, qué poca gracia le hará esto al regimiento! Os lo aseguro.

NAP. Personalmente por vos lo siento. Si pudiese arreglar el asunto lo haría con mucho gusto. Pero me exigirán responsabilidad por no obrar según las instrucciones que contienen los despachos. Tendré que demostrar á todo el mundo que nunca los recibí, sean las que quieran las consecuencias que tenga ello para vos. Lo siento, creedme, pero ya veis que no puedo obrar de otro modo.

TEN. (Jovial.) No os apureis, mi general, sois demasiado bueno. ¡Qué importa lo que hagan conmigo! Ya saldré adelante, y batiremos á los austriacos, con ó sin despachos. Espero que no exigiréis de mí que me ponga ahora mismo á buscar á aquel endemoniado muchacho. No tengo ni una idea de donde pueda estar.

GIUS. (Cortesmente.) Olvidais, mi teniente, que tiene vuestro caballo.

TEN. (Sobrecogido.) ¡Es verdad! (Con resolución.) Voy á ponerme á buscarle; encuentro yo ese caballo en cualquier rincon de Italia si está vivo. Y no olvidaré de paso los despachos, descuidad. Guiseppe, vete y ensilla uno de tus pencos apocalípticos mientras yo voy á recoger mi capa, mi espada y demás chismes. Anda, anda, hombre, date prisa.

GIUS. Al instante, mi teniente, al instante. (Desaparece en el viñedo, en donde el sol poniente fulgura rojo.)

TEN. (Mirando á su alrededor y hacia la puerta interior.) A propósito, mi general, ¿os entregué mi espada ó no? ¡Ah, sí, ya recuerdo! (Regañando.) Es lo que sucede con esas tonterías de ponerle á uno en arresto. Tonterías. Luego no encuentra uno sus cosas. (Sale hablando y refunfuñando.)

SEÑ. (Todavía junto al aparador.) ¿Qué intenciones teneis con todo eso, general?

NAP. No encontrará á vuestro hermano.

SEÑ. Claro que no, puesto que no existe tal hermano.

NAP. Los despachos se habrán perdido irremisiblemente.

SEÑ. ¡Quiá! Están en vuestro bolsillo.

NAP. Paréceme que no será fácil que lo demostreis ante la gente (La señora se queda parada. El añade con firmeza.) Esos papeles se han perdido.

SEÑ. (Angustiada, avanzando por el ángulo de la mesa.) ¿Y se sacrificará la carrera de aquel desgraciado joven?

NAP. ¡Su carrera! El muchacho no vale la pólvora que hace falta para pegarle un tiro. (Se vuelve al otro lado con desprecio y va hacia la chimenea, poniéndose de espalda á la misma.)

SEÑ. (Pensativa.) Sois muy duro de corazón. Los hombres y las mujeres no son nada más que instrumentos para vos, aunque se destruyan al usarlos.

NAP. (Volviéndose hacia ella.) ¿Quién de nosotros ha perdido á ese muchacho? ¿Yo ó vos? ¿Quién

le ha sacado con engaños los despachos? ¿Pensásteis al hacerlo en su carrera?

SEÑ. (Ingenuamente inquieta cerca del Teniente.) Es verdad, no lo pensé. Hice mal, muy mal. Pero no había más remedio. ¿Cómo, si no, hubiese podido apoderarme de los papeles? (Suplicante.) General, vos le salvareis de la desgracia.

NAP. (Riendo con amargura.) Salvadle vos misma, puesto que sois tan lista; vos fuísteis quien le perdió. (Con expresión de fiereza.) Odio á los malos militares.

(Sale resueltamente al viñedo. Ella le sigue algunos pasos con ademan suplicante, pero es interrumpida por el teniente, que vuelve, con los guantes y la capa puesta y la espada al cinto, listo para la marcha. Va á salir por la puerta exterior cuando ella le intercepta el camino.)

SEÑ. Teniente.

TEN. (Con aire de importancia.) No me detengais, señora. Mi deber me llama.

SEÑ. (Implorando.) ¡Oh! señor, ¿qué vais á hacer con mi pobre hermano?

TEN. ¿Le quereis mucho?

SEÑ. ¡Oh, sí, me moriré si algo le sucediese! No le hagais nada. (El teniente menea la cabeza sombríamente.) Sí, sí, os lo suplico. El pobrecito no ha merecido morir. Escuchadme. Si os digo donde le podeis encontrar... si me comprometo á entregároslo como prisionero para que se lo entreguéis al general Bonaparte... ¿quereis prometerme por vuestro honor de oficial y caballero no batiros con él ni tratarle mal en modo alguno?

TEN. Pero suponed que me ataque. Tiene mis pistolas.

SEÑ. Es demasiado cobarde para eso.

TEN. En eso no estoy seguro. Es capaz de cualquier cosa.

SEÑ. Si os ataca, ó de cualquier manera opone resistencia, os devuelvo vuestra promesa.

TEN. ¡Mi promesa! Si no he prometido nada. Vaya, sois tan mala como él, tratáis de cogerme por mis buenos sentimientos. ¿Qué hay de mi caballo?

SEÑ. En el trato entra el que habéis de tener otra vez vuestro caballo y vuestras pistolas.

TEN. ¿Palabra de honor?

SEÑ. Palabra de honor. (Le ofrece la mano.)

TEN. (Tomándola y no soltándola.) Perfectamente; seré con él tan manso como un cordero. Un hombre que tiene una hermana tan guapa. (Trata de besarla.)

SEÑ. (Escapándose de él.) ¡Oh, teniente! Olvidáis que de vuestros pasos depende vuestra carrera, la suerte de Europa, de la Huma nidad...

TEN. Me tiene sin cuidado la suerte de la Humanidad. Lo que quiero es un beso. (Arrimándose a ella.)

SEÑ. (Refugiándose detrás de la puerta.) No lo tendrá hasta que no haya recuperado su honor de oficial. Recordad que todavía no habéis apresado á mi hermano.

TEN. (Seductor.) Me diréis donde está, ¿no?

SEÑ. Solo tengo que hacerle una señal, y un cuarto de hora después estará aquí.

TEN. ¿Entonces no está lejos de aquí?

SEÑ. No. Está muy cerca. Esperadle aquí: en cuanto tenga mi recado, vendrá al momento y se os rendirá. Comprendéis.

TEN. (Sin darse cuenta.) Perfectamente. El asunto es un poco complicado, pero en fin, está bien.

SEÑ. Y ahora, mientras estáis esperando, ¿no sería mejor ponerle al general las condiciones de la entrega del prisionero?

TEN. ¡Las condiciones! ¿Qué condiciones?

SEÑ. Hacedle prometer que, si cogéis á mi hermano, quedaréis completamente rehabilitado como militar. Tened la seguridad de que con esa condición prometerá lo que queráis.

TEN. No es mala idea. Gracias, lo aprovecharé.

SEÑ. Hacedlo. Y, sobre todo, no le dejéis ver cual listo sois.

TEN. Comprendo. Le daría envidia.

SEÑ. No le digáis sino que estáis decidido á capturar á mi hermano ó perecer en el empeño. El no os creerá. Entonces os presentáis con mi hermano...

TEN. (Interrumpiéndola como quien comprende perfectamente el complot.) ¡Y me río de él! Nada, nada, sois una mujercita muy lista, pero muy lista. (Gritando.) ¡Giuseppe!

SEÑ. ¡Chist! Ni una palabra á Giuseppe de todo esto. (Se pone el dedo en los labios. El hace lo mismo. Se miran con mutua inteligencia. Entonces, con una sonrisa seductora, cambia ella de gesto y le manda un beso, precipitándose hacia fuera por la puerta interior. Electrizado, él estalla en jubilosa risa. Giuseppe vuelve por la puerta exterior.)

GIUS. El caballo está listo, señor teniente.

TEN. Todavía no me voy. Vete y busca al general y dile que deseo hablarle.

GIUS. (Meneando la cabeza.) Eso no puede ser, señor teniente.

TEN. ¿Por qué no?

GIUS. En este mundo traidor, señor teniente, un general puede mandar buscar á un teniente, pero un teniente no puede mandar buscar á un general.

TEN. ¿Te parece que no le gustará? Puede que tengas razón. La verdad es que estas cosas tiene uno que ir con tanto cuidado ahora que estamos en república.

(Napoleón reaparece, viniendo desde el viñedo, abrochando la casaca, pálido y lleno de pensamientos atormentadores.)

GIUS. (Sin notar la presencia de Napoleón.) Es verdad, señor teniente, es verdad. En Francia sois ahora todos como hosteleros; tenéis que ser corteses con todo el mundo.

NAP. (Poniendo la mano en el hombro de Giuseppe.) Y eso le quita todo el valor á la cortesía, ¿verdad?

TEN. ¡El hombre que yo necesitaba! Mirad, mi general; suponed que atrapo á aquel muchacho y os lo entrego.

NAP. (Con seriedad irónica.) No lo cogeréis, amigo mío.

TEN. ¡Ah! os lo imagináis, pero ya veréis. Esperad un poquito. Pero vamos á ver: si lo cojo y os lo entrego, ¿declararéis que estamos en paz? ¿Querréis olvidar cuanto dijísteis de

degradarme en presencia del regimiento y qué sé yo más? No es que me importe, pero, bien lo sabéis, á ningún regimiento le gusta que los demás regimientos se rían de él.

NAP. (Un relámpago de humor rompe pálidamente á través de sus ideas sombrías.) ¿Qué haremos con este oficial, Giuseppe? Todo lo que dice es una sandez.

GIUS. (Sin vacilar.) Hacedle general, señor, y todo lo que diga estará bien dicho.

TEN. (Riendo estrepitosamente.) ¡Ja, ja, ja! (Se tira al sofá para disfrutar de la salida de Giuseppe.)

NAP. (Riendo y agarrando á Giuseppe de la oreja.) No es tu sitio aquí en esta posada, Giuseppe. Has nacido para más. (Se sienta y coloca a Giuseppe delante de sí como hace un maestro de escuela con su alumno.) Voy á llevarte conmigo y hacer de tí un hombre.

GIUS. (Meneando la cabeza rápida y repetidamente.) Gracias, señor, gracias. Toda mi vida han tratado de hacer un hombre de mí. Cuando era chico, el buen párroco de mi pueblo quiso hacer de mí un hombre enseñándome á leer y escribir. Luego el organista de Melegnano quiso hacer un hombre de mí enseñándome el solfeo. El sargento reclutador hubiese también hecho un hombre de mí si hubiese yo tenido unas pulgadas más de talla. Pero todo eso hubiera significado trabajo para mí, y yo soy demasiado perezoso para ello, á Dios gracias. Así aprendí á guisar y me hice posadero, y ahora tengo criados que trabajan por mí, y no tengo que hacer sino charlar, lo que me prueba divinamente.

NAP. (Mirándole pensativo.) ¿Estás satisfecho?

GIUS. (Con convicción cariñosa.) Completamente, señor.

NAP. ¿Y no tienes dentro de tí un diablo devorador que quiere ser alimentado con acciones y victorias, hasta ahitarse, día y noche, que te hace pagar con el sudor de tus sesos y de tu cuerpo, semanas de labor hercúlea por diez minutos de goce, que es á la vez tu es-

clavo y tu tirano, tu genio y tu hado adverso, que te trae en una mano una corona y en la otra el remo de un galeote, que te enseña todos los reinos de la tierra y te ofrece hacerte dueño de ellos con tal de que te hagas su servidor... no tienes nada de eso en tí?

GIUS. Nada de eso. Pero os aseguro, señor, que mi diablo devorador es mucho peor que todo eso. No me ofrece ni coronas ni reinos; todo lo quiere de balde... embutidos, tortillas, uvas, queso, polenta, vino... tres veces al día, señor; no se contenta con menos.

TEN. No hables así, Giuseppe, que me haces otra vez entrar en ganas.

(Giuseppe se inclina como pidiendo perdón. Se retira de la conversación y hace como que arregla la mesa, la limpia con un trapo, coloca bien el mapa y vuelve á colocar en su sitio la silla de Napoleón retirada antes por la señora.)

NAP. (Volviéndose hacia el teniente con sardónica ceremoniosidad. Espero que no he excitado en vos sentimientos de ambición.

TEN. Nada de eso: no pico tan alto. Por lo demás, valgo más de lo que parece. Hacen falta, precisamente ahora, hombres como yo en el ejército. El caso es que la revolución les vino muy bien á los paisanos, pero para el ejército no fué nada ventajosa. Ya sabéis, mi general, cómo son los soldados; quieren tener oficiales de buena familia. Un oficial subalterno tiene á la fuerza que ser de nacimiento ilustre por lo mucho que está en contacto con los soldados. Pero un general y aun un coronel puede ser cualquier cosa con tal de conocer algo el oficio. Un teniente es un noble caballero; en los de arriba hay de todo. A propósito, ¿quién creeis ganó la batalla de Lodi? Os lo voy á decir: mi caballo fué.

NAP. (Levantándose.) Vais demasiado lejos en vuestra tontería, caballero. Tened cuidado con lo que habláis.

TEN. Digo lo que es. ¿Recordáis aquel tremendo

cañoneo en las dos orillas del río? Los austriacos disparando sin cesar hacia vos para impedir que pasarais el río, y vos disparando sobre ellos para impedirles pegar fuego al puente. ¿Notásteis dónde estaba yo en aquel momento?

NAP. (Con cortesía amenazadora.) No, dispensad, que estaba demasiado ocupado entonces.

GIUS. (Con viva admiración.) Dicen, señor, que bajásteis de vuestro caballo y disparásteis por vuestra propia mano los grandes cañones.

TEN. Mal hecho; un oficial nunca debe rebajarse al nivel de los simples soldados. (Napoleón le mira con enojo y empieza á pasearse como un tigre en su jaula.) Lo que yo digo es que á la hora presente aun estaríais bombardeando á los austriacos, si nosotros, los de caballería, no hubiésemos encontrado el vado y atravesado el río para envolver el flanco del viejo Beaulieu. No negaréis que no os hubiérais atrevido á dar orden de asaltar el puente si no nos hubiéseis visto en la otra orilla. Por consiguiente, digo, que quien encontró aquel vado fué quien ganó la batalla de Lodi. Pues bien, ¿quién lo encontró? Yo fuí quien atravesó primero el río, y el vado lo encontró mi caballo. (Con convicción levantándose del sofá.) Ese caballo es el verdadero vencedor de los austriacos.)

NAP. (Con enfado.) ¡Idiota, os voy á mandar fusilar por haber perdido aquellos despachos. Os mandaré atar á la boca de un cañón! Otra cosa no puede hacer impresión en vos. (Chillando.) ¿Lo oís, os enteráis?

(Un Oficial francés entra sin ser visto, llevando en la mano su espada envainada.)

TEN. (Sin inmutarse.) Si yo cojo á aquel muchacho, mi general, no olvidéis nuestras condiciones.

NAP. Sandeces. No existe tal muchacho, imbécil.

OFICIAL (Colocándose de repente entre los dos y hablando con la voz de la señora forastera.) Teniente, soy vuestro prisionero. (Le ofrece su sable. Ellos se quedan atónitos. Napoleón la mira por un momento como herido por el rayo; luego la coge de la muñeca y la

arrastra violentamente hacia sí, mirándola de cerca y con atención para convencerse de su identidad. Pero la noche baja rápidamente y los fulgores rojos del sol poniente cedieron el sitio á un cielo hermosamente estrellado.)

NAP. ¡Bah! (Suelta y rechaza la mano de ella con una exclamación de asco y le vuelve la espalda, metiéndose la mano en el pecho y arrugando la frente.)

TEN. (Triunfante, coge el sable.) Con que no existe tal muchacho, ¿eh? mi general. (A la señora.) Decidme, ¿dónde está mi caballo?

SEÑ. Salvo y sano en Borghetto, esperándoos, teniente.

NAP. (Volviéndose hacia ella.) ¿Dónde están los despachos?

SEÑ. Jamás podríais adivinarlo. Están en el sitio más inverosímil del mundo. ¿No habéis visto á mi hermana por aquí?

TEN. Sí, sí. Hermosa mujer. Se os parece de un modo asombroso, pero es más guapa.

SEÑ. (Misteriosamente.) ¿No habeis notado que es una bruja?

GIUS. (Se arrima precipitadamente á ellos, persignándose.) ¡Oh! no, no, no. Es pecado chancear con semejantes cosas. No puedo tolerarlo en mi casa, señor.

TEN. Sí, no habléis de eso. Sabéis que sois mi prisionero. Excuso decir que no creo en esas tonterías, pero estimo que no es asunto de broma.

SEÑ. Pero si hablo muy formalmente. Mi hermana ha embrujado al general. (Giuseppe y el Teniente se apartan con espanto de Napoleón.) Mi general, abrid vuestra casaca y en el bolsillo interior encontraréis los despachos. (Le mete de repente la mano en el pecho.) Veis, aquí están, los tiento. ¿No? (Le mira á la cara medio zalamera, medio burlona.) ¿Me permitís, mi general? (Coge un botón como para desabrochar la casaca y se para esperando el permiso.)

NAP. (Inescrutable.) Si osais.

SEÑ. Gracias. (Abre la casaca y saca los despachos.) Aquí están. (A Giuseppe, enseñándole los papeles.) ¿Veis?

GIUS. (Corriendo hacia la puerta exterior.) ¡No, por Dios Todopoderoso! Están embrujados.

SEÑ. (Volviéndose hacia el Teniente.) Tomadlos vos, teniente; vos no os asustais.

TEN. (Retrocediendo.) No os acerqueis á mí. (Empuñando el sable.) Os digo que no os acerqueis.

SEÑ. (A Napoleón.) Os pertenecen, mi general. Tomadlos.

GIUS. Señor, no los toqueis, están embrujados.

TEN. Cuidado, mi general, cuidado.

GIUS. Quemadlos, y quemad también á la bruja.

SEÑ. ¿Los quemo?

NAP. (Pensativo.) Sí, quemadlos. Giuseppe, anda y trae una luz.

GIUS. (Temblando y balbuceando.) ¿Creeis que voy á ir solo, por la oscuridad, con una bruja en mi casa?

NAP. ¡Psch! eres un cobarde. (Al Teniente.) Id vos, teniente, hacedme el favor.

TEN. (Defendiéndose.) ¿Qué decís, mi general? Mirad, yo... creo que nadie puede decir de mí que soy un cobarde, después de lo de Lodi. Pero exigir de mí andar por la oscuridad yo solo sin una luz, después de tan medrosa conversación, es exigir demasiado. ¿Lo haríais vos acaso?

NAP. (Irritado.) ¿Os negais á cumplir una orden mía?

TEN. (Resuelto.) Sí, me niego. No es una orden razonable. Pero estoy dispuesto, si Giuseppe sale, á ir con él para protegerle.

NAP. (A Giuseppe.) Vaya, ¿te satisface eso? Id los dos.

GIUS. (Humilde, con los labios trémulos.) Cooon miil amores, señor. (Va de mala gana hacia la puerta interior.) ¡Dios me tenga de su mano! (Al Teniente.) Vos el primero, señor teniente.

TEN. Es mejor que vayas tú delante, yo no conozco el camino.

GIUS. No es posible equivocarlo. Luego (Con voz suplicante, poniéndole la mano en la manga.) yo no soy más que un pobre posadero, y vos sois un caballero de noble nacimiento.

TEN. Tienes razón. ¿Pero á qué viene tener ese

miedo, hombre? Agárrate de mi brazo. (Giuseppe obedece.) Así, así. (Salen cogidos del brazo. Es del todo de noche. La señora tira el paquete sobre la mesa y se sienta cómodamente en el sofá gozando de verse libre de las faldas.)

SEÑ. Vamos, general, os he batido.

NAP. Habeis incurrido en falta de delicadeza, de feminidad. (Paseándose.) ¿Considerais ese traje propio de llevarse?

SEÑ. Paréceme que es igual al vuestro.

NAP. ¡Oh, me ruborizo por vos!

SEÑ. (Ingenua.) Sí, los militares se ruborizan con tanta facilidad. (El refunfuña y le vuelve la espalda. Ella le mira maliciosamente, balanceando los despachos en la mano.) ¿No quisiérais leer estos papeles antes de quemarlos, general? Debeis estar muerto de curiosidad. Echadles una mirada. (Tira el paquete sobre la mesa y vuelve la cara á otro lado.) No miraré.

NAP. No tengo la más mínima curiosidad, señora. Pero como por lo visto estais ardiendo en deseos de leerlos, teneis mi venia para hacerlo.

SEÑ. ¡Oh! ya los he leído.

NAP. (Asombrado.) ¿Cómo?

SEÑ. La primera cosa que hice al escaparme con el caballo del pobre teniente, fué leerlos. Así veis que sé lo que dicen, y vos no.

NAP. Dispensad, los leí hace diez minutos, estando en el viñedo.

SEÑ. ¡Oh!... (Levantándose bruscamente.) ¡Oh, general, no os he batido! Cada vez os admiro más. (Se ríe Napoleón y le acaricia la mejilla.) Ahora, sinceramente y de todo corazón, os rindo pleito homenaje. (Besa su mano.)

NAP. (Retirando de pronto la mano.) Cielos, no hagais eso. Nada de brujerías ya.

SEÑ. Quisiera deciros algo, pero temo que no me entendais.

NAP. No lo dejeis por eso.

SEÑ. Bueno, bien. Adoro á un hombre que no se asusta de ser ruin ni egoista.

NAP. (Indignado.) No soy ni ruin ni egoista.

SEÑ. ¡Oh! no os conocéis á vos mismo. Luego no

quiero realmente decir ruin ni egoista como se entiende ordinariamente.

NAP. Gracias. Creí que tal era el sentido de vuestras palabras.

SEÑ. Lo que quiero decir, es que admiro en vos cierta sencillez robusta.

NAP. Menos mal.

SEÑ. No deseabais leer las cartas, pero teníais curiosidad por saber lo que decían. Así fuisteis al viñedo y las leísteis cuando nadie os veía. Luego hicisteis creer á todos que no los habíais leído. Esa es la acción más ruin que un hombre pueda cometer, pero llenaba exactamente vuestro propósito, y así vos ni os asustasteis ni os avergonzasteis de cometerla.

NAP. (Brusco.) ¿Dónde habéis recogido todos esos escrúpulos vulgares, (Con énfasis despreciativo.) aquella vuestra conciencia? Os tomé por una señora, una aristócrata. ¿Fué vuestro abuelo un tendero?

SEÑ. No, fué un inglés.

NAP. Eso lo explica todo. Los ingleses son una nación de tenderos. Ahora comprendo por qué me habéis batido.

SEÑ. ¡Oh! no os he batido ni soy inglesa.

NAP. Sí lo sois; inglesa hasta dejarlo de sobra. Escuchadme. Voy á explicaros lo que son los ingleses.

SEÑ. (Con viveza.) Os escucho con interés. (Con aire de prepararse para oir una conferencia intelectual, ella se sienta en el sofá. Seguro de su auditorio, él se prepara á hablar. Reflexiona un momento antes de empezar, para fijar más la atención de ella. Su declamación al principio parece amoldarse al de Talma en el «Cinna» de Corneille, pero los efectos se pierden algo en la obscuridad, y luego Talma cede el puesto á Napoleón cuya voz suena extrañamente intensa al través de las tinieblas.)

NAP. Hay tres clases de personas en el mundo: la gente baja, la gente media y la gente alta. La gente baja y la gente alta se parecen en una cosa: no tiene ni escrúpulos ni moralidad. La gente baja está por debajo de la mo-

ralidad, la gente alta por encima. Ninguna de las dos me asusta, porque la gente baja no tiene escrúpulos por ignorancia, de modo que me hacen su ídolo, mientras la gente alta no los tiene por carecer de ideales, de modo que se doblegan á mi voluntad. Mirad, pasaré por encima de todos los populachos y todos los monarcas de Europa como el arado por un campo. Los de la clase media son los que hay que temer, porque tienen conocimientos é ideales, ilustración y propósitos. Pero también ellos tienen su lado flaco. Están llenos de escrúpulos; están encadenados de pies y manos por su moralidad y respetabilidad.

SEÑ. Entonces venceréis á los ingleses, porque todos los tenderos pertenecen á la clase media.

NAP. No, porque los ingleses son una raza aparte. Ningún inglés es tan bajo que tenga escrúpulos, ninguno tan alto que esté libre de su tiranía. Pero todo inglés nace con cierto poder milagroso que le hace dueño del mundo. Cuando desea una cosa nunca se confiesa á sí mismo que la desea. Espera pacientemente á que, nadie sabe cómo, nazca en su mente la convicción ardiente de que tiene el deber religioso y moral de conquistar á los que poseen la cosa que desea. Entonces se hace invencible. Como el aristócrata hace lo que le place y agarra lo que se le antoja; como el tendero, persigue rus fines con la constancia y el fervor que deriva de la convicción religiosa y el sentido profundo de la responsabilidad moral. Nunca se apura por una actitud y un pretexto moral. A fuer de gran campeón de la libertad y de la independencia nacional, conquista y anexiona á medio mundo y lo llama colonización. Cuando necesita un nuevo mercado para sus adulteradas mercancías de Manchester, manda á un misionero á predicar el Evangelio de paz á los naturales de aquel país. Los naturales matan al misionero, y

el inglés al punto empuña las armas en defensa del cristianismo, pelea por él, conquista por él y se apodera del mercado á guisa de recompensa celeste. Para defensa de las costas de su isla, pone á bordo de su navío, á un capellán, clava una bandera y una cruz en el palo mayor, y navega así hasta el fin de la tierra, echando á pique, incendiando y destruyendo á cuantos se atrevan á disputarle el imperio de los mares. Se vanagloría con que un esclavo es libre desde que pone la planta en suelo británico, y vende á los niños de sus pobres, cuando tienen seis años, á las fábricas para que allí trabajen bajo el látigo dieciséis horas al día. Hace dos revoluciones, en vez de una, y luego declara la guerra á la nuestra, en nombre de la legalidad y el orden. No hay nada tan bueno ni tan malo que no se encuentre un inglés para hacerlo, pero jamás podréis demostrar á un inglés que no tiene razón. Todo lo hace por principio. Os combate por principio patriótico; os roba por principio comercial; os esclaviza por principio imperial; os rompe las muelas por principio viril; es fiel á su rey por principio monarquista y corta la cabeza á su rey por principio republicano. Su lema siempre es: «el deber ante todo» y nunca olvida que la nación que busca su deber por el lado opuesto á sus intereses, es una nación perdida. Luego...

SEÑ. ¡Por Dios, por Dios, por Dios! Parad un momento. Quisiera saber cómo partiendo de esas observaciones pudísteis creerme inglesa.

NAP. (Abandonando su entonación oratoria.) Pues es sencillo. Deseásteis unas cartas que me pertenecían. Empleásteis la mañana en robarlas, sí, en robarlas como un salteador de caminos, y luego empleásteis la tarde en ponerme á mí en el peor lugar, en demostrar que era yo quien deseaba robaros las cartas, en explicarme que todo fué el resultado de mi ruindad y mi egoísmo en oposición con vues-

tra bondad, vuestra abnegación y vuestra lealtad. Eso es inglés legítimo.

SEÑ. Tontería. No tengo nada de inglesa yo. Los ingleses son una gente muy estúpida.

NAP. Sí, demasiado estúpida á veces para conocer sus derrotas. Pero concedo que vuestra inteligencia no sea inglesa, sólo lo es vuestra manera de obrar. Probablemente, si vuestro abuelo fué inglés, vuestra abuela fué francesa.

SEÑ. ¡Oh! no, fué irlandesa.

NAP. (Al punto.) ¡Irlandesa! (Pensativo.) ¡Ah, sí, me olvidaba de los irlandeses. Un ejército inglés capitaneado por un irlandés, eso sería un digno adversario de un ejército francés capiteado por un italiano.) (Se interrumpe y añade, medio en broma, medio con melancolía.) De todas maneras me habéis derrotado, y en la vida de un hombre la última derrota suele parecerse á la primera. (Va meditabundo hacia el viñedo y mira hacia arriba. Ella se desliza detrás de él; se atreve á poner la mano sobre su hombro, embelesada por la hermosura de la noche y envalentonada por la obscuridad.)

SEÑ. (Suavemente.) ¿Qué estáis mirando?

NAP. (Señalando hacia arriba.) Mi estrella.

SEÑ. ¿Creéis en eso?

NAP. Sí. (Miran los dos hacia arriba por un momento, ella un poco inclinada en su hombro.)

SEÑ. ¿Sabéis que los ingleses dicen que la estrella de un hombre no es completa sin la liga de una mujer?

NAP. (Escandalizado se la sacude bruscamente de encima y vuelve á entrar en la habitación.) ¡Ah, hipócritas! Si los franceses dijeran eso, ¡qué aspavientos habían de hacer! (Va hacia la puerta interior y la abre, gritando: ¡Giuseppe! ¿Dónde queda esa luz, hombre? (Viene por entre la mesa y el aparador y aproxima la otra silla á la mesa, al lado de la suya.) Tenemos todavía que quemar la carta. (Coge el paquete. Giuseppe vuelve, pálido y aún temblando, llevando en una mano un candelabro con dos velas encendidas y en la otra una bandeja con despabiladeras.)

GIUS. (Lastimero, colocando la luz en la mesa.) Señor, ¿qué estábais mirando arriba, ahora, allí fuera? (Señala por encima del hombro, el viñedo, pero no se atreve á mirar en la misma dirección.)

NAP. (Desdoblando el paquete.) ¿Qué te importa á tí?

GIUS. (Balbuceando.) Porque la bruja se fué, desapareció, y nadie la vió marcharse.

SEÑ. (Entrando desde el viñedo y colocándose detrás de Giuseppe.) Estuvimos viéndola subir hacia la luna, montada en un palo de escoba, Giuseppe. No la volveréis á ver jamás.

GIUS. ¡Jesús, María y José! (Se persigna y sale corriendo.)

NAP. (Tirando las cartas en la mesa donde forman un montón.) ¿Y ahora?

SEÑ. Bien, pero ya sabéis que tenéis todavía en vuestro bolsillo la carta consabida. (El sonríe, saca una carta de su bolsillo y la tira encima del montón. Ella la coge, la mira y dice:) Se refiere á la mujer de César.

NAP. La mujer de César está por encima de toda sospecha; quemad la carta.

SEÑ. (Cogiendo las despabiladeras y con ellas pone la carta en la llama de la vela.) Dudo que la mujer de César estaría por encima de toda sospecha si nos viera aquí juntos.

NAP. (Con los codos puestos en la mesa y la cabeza apoyada entre las manos, mirando la carta que se quema.) También lo dudo. (La Señora coloca la carta ardiendo encima de la bandeja y se sienta al lado de Napoleón, en la misma actitud, con los codos en la mesa, la cabeza entre las manos, mirando cómo se quema la carta. Cuando está hecha pavesas, vuelven simultáneamente la vista y se miran significativamente, con mutuo anhelo. Baja el telón lentamente y los oculta.)

Precio: UNA peseta